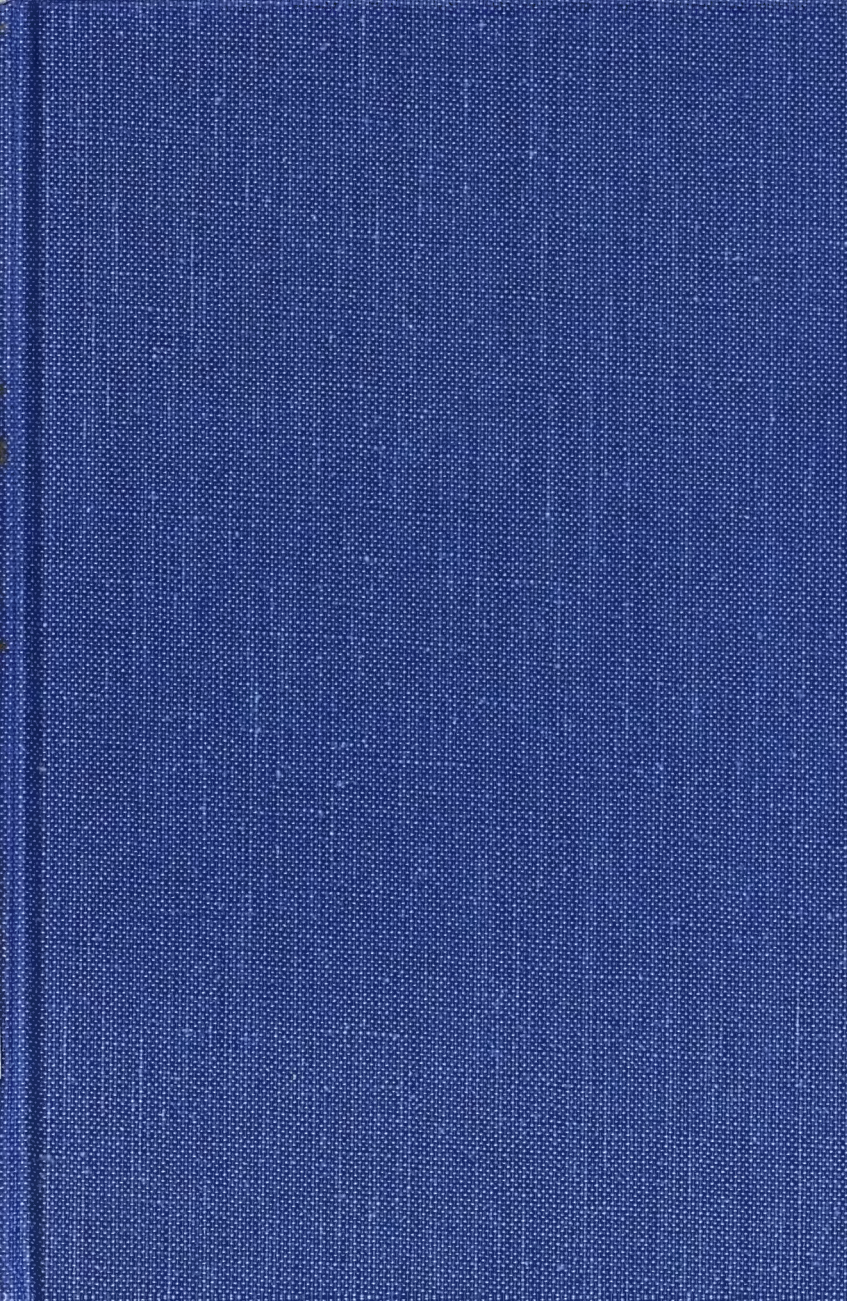
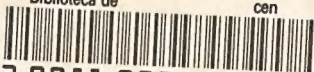




PJ 487.B5

Biblioteca de

cen



3 0081 002 467 649

JOINT UNIVERSITY
LIBRARIES



NASHVILLE, TENNESSEE

PJ
487
.B5
v.1

723053

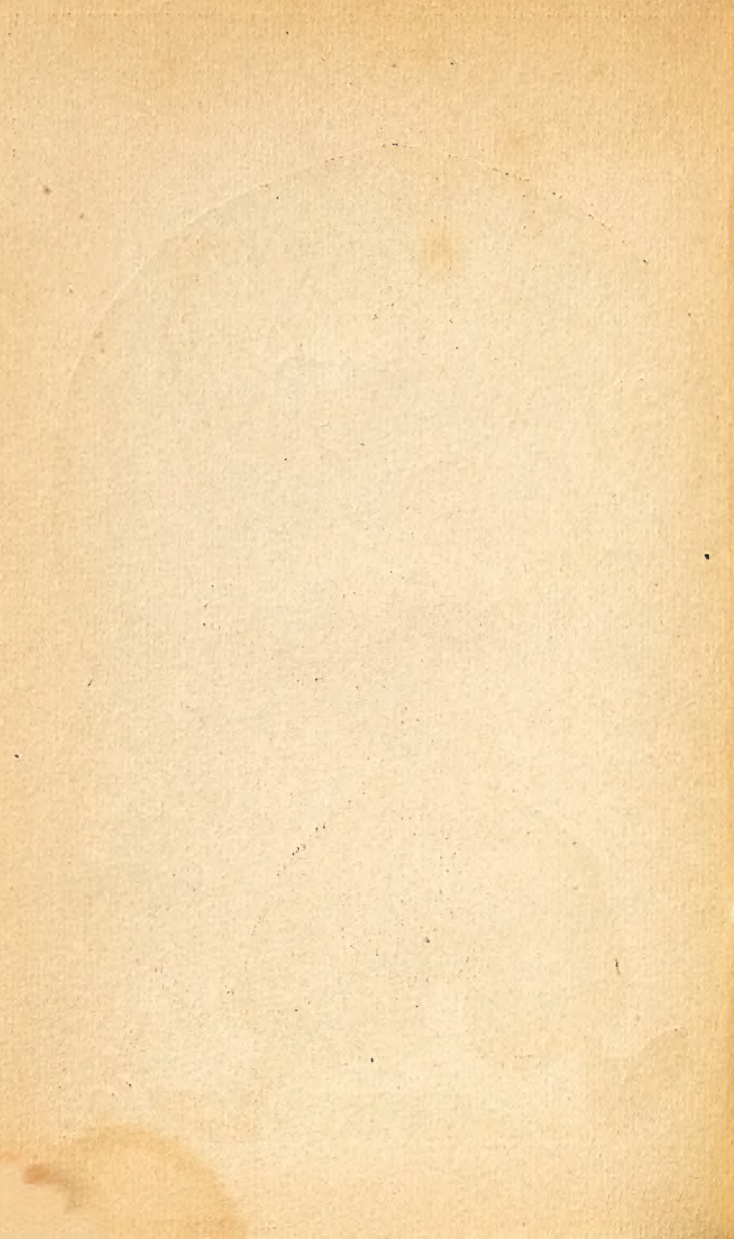
Date Due

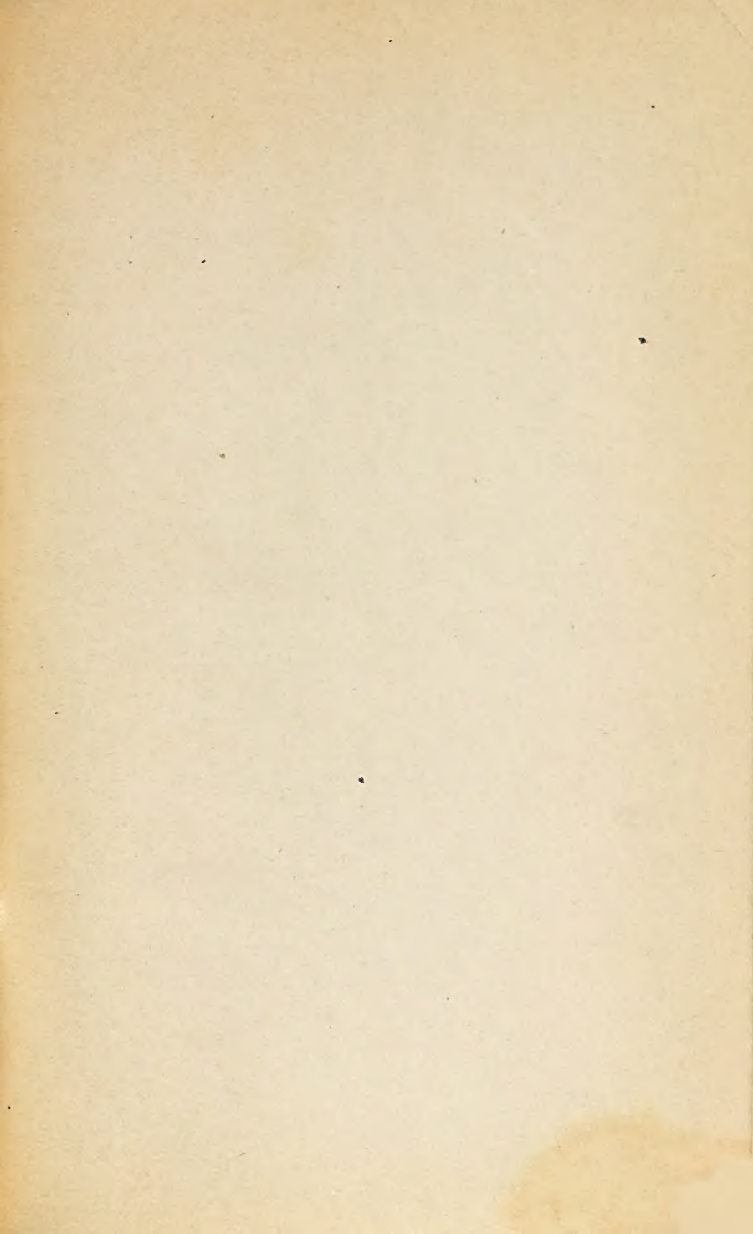
[illegible]

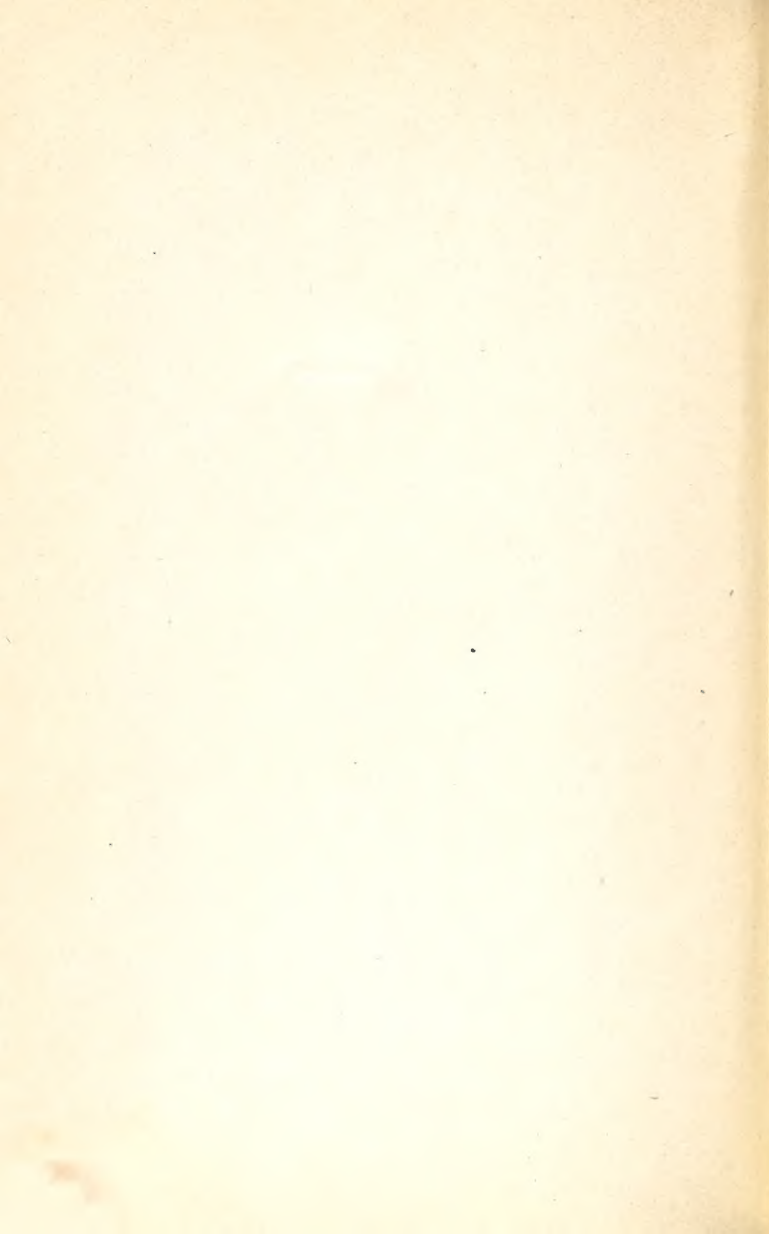
CUENTOS ORIENTALES

EL PRÍNCIPE QUE TODO LO DIO









BIBLIOTECA
DE
CUENTOS ORIENTALES

PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE
ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA

CATEDRÁTICO DE LITERATURA ARÁBIGO-ESPAÑOLA EN LA UNIVERSIDAD
CENTRAL. - DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

VOLUMEN I
EL PRINCIPE QUE TODO LO DIO

BIBLIOTECA
DE
Cuentos Orientales

El príncipe que todo lo dió.

El visir resucitado.

El herrero y el califa.

Las promesas del ingrato.

¡Guisantes! ¡Guisantes!

Los cuatro talismanes.

Las ruinas del molino.

¡Los muertos vuelven!

CUENTOS ORIENTALES

EL PRÍNCIPE QUE TODO LO DIÓ

—
SEGUNDA EDICIÓN
—

CON CENSURA ECLESIASTICA



MADRID

E. MAESTRE. — EDITOR.

CALLE DE LAS POZAS, 12.

TELÉFONO 13713.

APROBACIONES

NIHIL OBSTAT

DR. JESÚS GARCÍA COLOMO,

Censor.

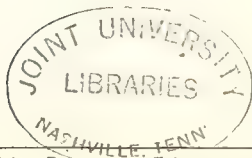
IMPRÍMASE

DR. RAFAEL GARCÍA TUÑÓN,

Tte. Vic. General.

Madrid, 17 de octubre de 1929.

~~~~~  
ES PROPIEDAD  
~~~~~



Imprenta Ibérica, Pozas, 12. — Teléfono 13713. — Madrid.



ACE muchos siglos había un gran reino que se llamó Che-po, del nombre de su soberano; este monarca gobernaba su país, aplicando leyes suaves: no hacía injusticia a nadie. Tenía aquel gran rey cuatro mil grandes ministros; su dominio se extendía a sesenta reinos pequeños y a ochocientas ciudades. Poseía quinientos elefantes blancos. Pero Che-po no era feliz: le apenaba no tener un hijo para que le sucediera en su trono. Dirigió sus plegarias a todas las divinidades, a las montañas, a los ríos... Al fin su deseo fué escuchado y su esposa tuvo un hijo, que llevó la alegría al corazón del padre y colmó las esperanzas de sus súbditos.

Llamaron al príncipe heredero Sudana.

Inspirado en la *Sutra del Príncipe heredero Sudana*, según Chavannes, *Cinq cent contes et apologues extraits du Tripitaca chinois*. París, 1911, vol. III, pág. 362,

Cuatro nodrizas cuidaron de su crianza y de su educación: una le amamantaba; otra le tenía en brazos; la tercera le lavaba; la cuarta encargábase de hacerle jugar. Cuando el príncipe llegó a la edad de seis años, sabía perfectamente escribir, calcular, tirar al arco, dirigir su carro; conocía también los ritos del culto y la música; servía a su padre y a su madre como si hubiera servido a las divinidades celestes. Su padre mandó construir para él un palacio especial.

Desde su más tierna juventud, el príncipe heredero se complacía en mostrarse generoso con todos los hombres, con los pájaros que vuelan, con los animales que andan; deseaba que todos los seres vivientes tuvieran siempre las cosas que pudieran hacerles felices; porque era sabio, comprendía que la caridad es una virtud, y no estaba cegado por la avaricia y la ambición, cualidades de hombres estúpidos.

Así que el príncipe heredero fué mayor, el gran rey, su padre, le escogió una esposa llamada Madri, hija de un rey: su belleza no tenía igual; sus encantos eran realzados por magníficos vestidos y por espléndidas alhajas de oro, de plata, de varias sus-

tancias preciosas. En su matrimonio fueron felices y tuvieron un hijo y una hija.

El príncipe heredero quería andar por el camino de la caridad. Anunció al rey, su padre, que deseaba viajar y visitar el país: el monarca accedió. Y apenas el príncipe hubo salido de la ciudad, Sacra, el rey de los genios bienaventurados, descendió del cielo bajo la forma de hombres, que eran pobres, sordos, ciegos, mudos, colocados todos al borde del camino real. Cuando el príncipe los vió, dispuso volver grupas y regresar a palacio: quedó sumido en profunda tristeza, nada le divertía.

— ¿Qué te pasa, hijo mío — le preguntó el rey —, que no te alegras, después de tu vuelta?

— ¡Señor! — le respondió —. He visto al borde del camino, por donde yo iba, hombres pobres, sordos, mudos, ciegos, infelices, en fin, y desgraciados. Por esto me aflijo. Yo quisiera manifestarte un deseo que me acucia, si tú me lo permites, padre mío; aunque dudo que me des tu consentimiento para llevarlo a cabo.

— ¿Qué descas, hijo? — le preguntó el rey, intrigado —. Yo estoy dispuesto a con-

cederte lo que pidas y no me opondré a tus intenciones.

— ¡Señor! — contestó el príncipe heredero —. Deseo disponer de todas las riquezas que están en el tesoro real, sacarlas afuera de las cuatro puertas de la ciudad, extenderlas en la plaza del mercado, ante los ojos del pueblo, para regalarlas, dando a cada uno lo que me pida, y no oponiéndome a los deseos de nadie.

El rey se quedó pensativo un momento. Luego aceptó:

— Haz lo que te plazca, hijo mío. Yo no me opongo.

El príncipe mandó a los ministros que estaban a sus órdenes transportar las riquezas del tesoro real a la plaza del mercado, con objeto de que allí fuesen regaladas, sirviendo para satisfacer los deseos y los caprichos de los hombres.

Pronto se divulgó en las ocho direcciones, en el cenit y en el nádir, el acto meritorio del príncipe heredero. Desde los cuatro puntos cardinales acudían gentes, unos andando cien leguas, otros mil, otros diez mil. Al que quería comer, lo mismo que al que pedía vestidos o joyas, o plata u oro, se le

daba lo que quería; ningún deseo quedaba sin satisfacer.

Un rey rival de Che-po tuvo noticia de la liberalidad del príncipe heredero, que tan generosamente concedía a todo el mundo lo que pidiera. Reunió a sus ministros y a los sacerdotes y celebró con ellos consejo, diciéndoles:

—El rey de Che-po tiene un elefante blanco, que marcha sobre lotos, llamado Sintan-yen; es fuerte y valiente en el combate; en todas las batallas libradas contra otros reinos, este elefante ha obtenido siempre la victoria. ¿Quién de vosotros se encarga de ir a pedirselo al príncipe Sudana?

Los ministros respondieron que no serían capaces de conseguir el elefante; pero ocho religiosos dijeron a su rey:

—Nosotros nos encargamos de ir y de pedir que se nos entregue ese elefante. Darnos algunas provisiones para el viaje.

Dióselas el rey, diciéndoles:

—Si podéis asegurarme la posesión de ese elefante, os recompensaré generosamente.

Los ocho religiosos se pusieron en camino, con su bastón en la mano; franqueando

montañas y ríos, llegaron al fin al reino de Che-po, a la puerta del palacio del príncipe heredero. Y apoyándose en su bastón, con un pie levantado en alto, quedaron parados, de frente a la puerta. El guardián fué a avisar al príncipe heredero de que afuera había unos religiosos que, apoyados en su bastón y con un pie en alto, decían: «Hemos venido expresamente de muy lejos, porque deseamos pedir que se nos dé una cosa.»

Al oír estas palabras, el príncipe se alegró extraordinariamente. Salió al encuentro de los religiosos, y, acercándose a ellos, les rindió su homenaje, como un hijo lo haría a su padre; después les preguntó con solicitud acerca del objeto de su viaje, y, sobre todo, de la causa por la cual tenían un pie levantado en el aire.

Uno de los religiosos, en nombre de todos, le respondió:

— Hemos oído contar que el príncipe heredero se complacía en hacer regalos; que daba todo cuanto se le pedía; que no se oponía a ningún deseo. La fama del príncipe se ha extendido en las ocho direcciones: en lo alto, ha penetrado en el cielo azul; en lo bajo, ha llegado a las fuentes amarillas,



Los religiosos, con un pie en alto, dirigieron sus peticiones al bondadoso príncipe.

Los méritos que él ha adquirido con sus liberalidades, son inmensos; lejos y cerca es celebrado en cantos populares, y nadie hay en el mundo que lo ignore. Lo que dicen de ti los hombres, oh príncipe, es verdad; tú eres el hijo del hombre divino, y la palabra del hombre divino no puede engañar. Puesto que eres capaz de obrar generosamente y de no oponerte a los deseos de los hombres, queríamos nosotros pedirte el regalo del elefante blanco que marcha por los lotos.

El príncipe se dirigió a las cuadras y mandó sacar un elefante; pero los religiosos le dijeron:

— No, no es éste; el que nosotros deseamos poseer es el que lleva por nombre Sintan-yen.

— Este gran elefante blanco — replicó con dulzura el príncipe —, es muy estimado del rey, mi padre, que lo mira con tan buenos ojos casi como a mí; no puedo dárselo, porque si lo hiciera, perdería el cariño de mi padre; si yo cometiera esta falta, mi padre sería capaz de desterrarme del reino.

Pero en seguida el príncipe reflexionó:

«Yo hice voto solemne de conceder todo lo que se me pidiese; si ahora rehusó hacerlo, faltó a mi voto. ¿Cómo llegaré al más alto grado de la caridad?» Y volviéndose a los religiosos, les dijo:

— Consiento en ello; yo os daré el elefante que pedís.

Ordenó a sus criados que pusieran al animal su sello de oro y que lo trajeran en seguida. Con la mano izquierda tomó agua y lavó las manos de los religiosos; con la derecha cogió el elefante para dárselo. Así que lo tuvieron, hicieron votos por la felicidad del príncipe, montaron y se marcharon contentísimos. El bondadoso joven todavía recomendó:

— Marchaos en seguida, porque si el rey, mi padre, sabe lo que he hecho, podría enviar gentes en busca vuestra para quitaros el elefante — terminó el príncipe.



Así que los ministros del reino de Che-po supieron lo sucedido, quedaron atónitos y llenos de miedo y de pena. «Nuestro país — pensaban — sólo se apoyó en este elefante

blanco para rechazar los ataques de los reinos rivales.» Y fueron a dar la noticia al rey; quien, al saber que el príncipe heredero había dado el elefante blanco a sus enemigos, se desconcertó. Los ministros le dijeron:

— ¡Oh, rey! Si has obtenido el imperio, ha sido por ese elefante, más fuerte que sesenta ejércitos. El príncipe lo ha dado y tememos que sea la ruina del país. Es necesario hacer algo; el príncipe ha dedicado a sus prodigalidades sin tino todo el tesoro real, y es de temer que algún día dé hasta su mujer y sus hijos.

El rey mandó a uno de sus ministros que se cerciorase si el príncipe había dado el elefante. Cuando volvió el ministro, afirmandolo, el rey quedó espantado; cayó rodando al suelo y perdió el conocimiento. Rociáronle la cara con agua fresca y, al cabo de un gran rato, volvió en sí.

Ya más tranquilo, deliberó con sus ministros sobre la conducta del príncipe y remedios que exigía. Uno insinuó que se le deberían cortar las manos y los pies y arrancar los ojos; otro dijo que se le debería cortar la cabeza; otros expusieron cas-

tigos parecidos. Esto apenó profundamente el corazón del rey, que exclamó:

— Mi hijo ama mucho la sabiduría y se complace en ser caritativo con las gentes. ¿Puedo yo, en conciencia, impedirselo, encerrándole?

Entonces, uno de los ministros presentes manifestó su disconformidad con el juicio emitido por sus compañeros.

— ¡Señor! — dijo al rey —. No tienes más hijo que éste y le quieres entrañablemente. ¿Cómo has de consentir en atormentarle y mutilarle? ¿Cómo podrías pensar en ello siquiera? Yo no te aconsejaría, oh rey poderoso, que dejaras al príncipe en situación de no poder obrar. Limitate a expulsarlo del reino; llévale a una región salvaje durante una docena de años. Esto le hará ser razonable.

Pareció bien al rey esta proposición y mandó venir al príncipe.

— ¿Has tomado tú — le preguntó con semblante hosco — el elefante blanco para dárselo a nuestros enemigos?

— Efectivamente, padre y señor mío, lo he dado — contestó.

— ¿Y por qué no me lo has advertido?

— Hace tiempo obtuve tu licencia para hacer las limosnas que quisiera y me prometiste no oponerte a ningún deseo que te manifestara. Por esto no te he advertido de lo que hacía, ni solicité de ti un nuevo permiso.

— Mi licencia — replicó el rey — se refería a las joyas y dineros del tesoro; pero ¿cómo habría de haber yo incluido en esto al precioso elefante?

— Todas las cosas, señor, son bienes del rey; ¿por qué se había de excluir sólo el elefante?

— Bien, bien — dijo el rey, procurando refrenar su cólera —. Sal en seguida del reino; te destierro a la montaña de Tan-To por doce años.

— Yo no me atreveré a infringir tus órdenes, señor y padre mío — observó humildemente el príncipe —; mas quisiera hacer limosnas durante siete días; luego abandonaré el reino.

— Pero si te expulso — dijo el rey exasperado — precisamente porque tu caridad es extremada, porque has agotado mis tesoros, porque me has hecho perder la joya preciosa con la cual estaba yo seguro de

mis enemigos... No puedes estar aquí ni un día más: sal inmediatamente. No te doy el permiso que me pides.

— Lejos de mi ánimo, señor — repuso el príncipe, tocando su rostro con el suelo —, infringir tus mandatos; pero aún me quedan a mí algunos bienes propios: quisiera repartirlos antes de marchar.

Todos los ministros y los veinte mil servidores de palacio suplicaron al rey que le concediese licencia para esto, durante siete días. El padre acabó por acceder.

Entonces el príncipe heredero encargó a los que tenía más cerca que anunciaran a las cuatro direcciones que todo el que quisiera obtener riquezas viniese a las puertas de palacio. Vinieron gentes de los cuatro puntos cardinales; el príncipe les daba de comer, distribuía entre ellos sus objetos preciosos y se marchaban satisfechos. Al cabo de siete días las riquezas se agotaron; los pobres se habían vuelto ricos: diez mil personas estaban contentísimas.



Cuando ya no tenía nada que repartir, el príncipe dijo a su esposa:

— Levántate y escucha lo que voy a decirte: el rey, mi padre, me destierra y me manda estar doce años en la montaña de Tan-To.

Al oír esto, la princesa, desconcertada y atónita, preguntó:

— ¿Qué falta grave has cometido para que el rey te castigue hasta ese extremo?

— Juzga excesiva mi liberalidad, porque he dejado exhaustas las arcas del tesoro, y he dado a nuestros enemigos el famoso elefante blanco. Por eso el rey y sus ministros han acordado desterrarme.

— Deseo al rey, a los ministros, a los oficiales y a todo el pueblo abundancia y alegría sin cuento — exclamó la princesa —. Te seguiré al destierro, para llegar, como tú, a la suprema sabiduría.

— ¿Cómo? — preguntó el príncipe, aterrado ante aquella idea —. Cuando un hombre se encuentra en la montaña, lugar de espanto, le es difícil guardar su sangre fría: los tigres, los lobos, las feroces alimañas son allí de temer. ¿Cómo tú, débil mujer, acostumbrada a satisfacer todos tus apetiti-

tos, podrás soportar aquella vida? Tú vives en un palacio; vas vestida con telas finas y delicadas; duermes en blandos lechos; bebes y comes exquisitos alimentos. ¿Cómo



— ¿Qué falta grave has cometido para que el rey te castigue? — preguntó atónita la princesa.

podrías resistir la vida en la montaña, donde tu lecho será un montón de hojas de árbol, donde tu alimento serán los frutos de la tierra? Además, allí hay muchos y fuertes vientos, lluvia, truenos, rayos, nieblas, escarchas, que erizan los cabellos del hombre

más recio; si hace frío, es extremo; si hace calor, abrasa; es difícil hallar abrigo seguro entre los árboles; el suelo está cubierto de cardos, de guijarros puntiagudos, de insectos venenosos. ¿Crees tú, esposa mía, que podrás soportar esto?

— ¿Y de qué me sirven — afirmó la princesa arrebatada — las telas finas y delicadas, las bebidas dulces y los alimentos exquisitos, si tengo que separarme de ti, oh príncipe? No podré jamás apartarme de tu lado; en estas circunstancias debo partir contigo. El rey tiene por emblema su estandarte; el fuego tiene por señal el humo; la esposa tiene por insignia a su marido. Sobre ti únicamente me apoyo; tú eres para mí el cielo. Cuando te ocupabas en hacer limosnas y venían gentes de las cuatro direcciones en busca de tus liberalidades, yo participaba contigo en tu caritativa obra; ahora, cuando te hayas marchado lejos, si un desgraciado viene a pedir limosna, ¿qué le responderé? En el momento en que viniera gente a implorar tu caridad, yo moriría de emoción al no verte a mi lado.

El príncipe, con ánimo de contener el entusiasmo de su esposa, le dijo:

— Ya sabes que siento gran complacencia en ser generoso y en satisfacer los deseos del que me pide: si alguno quiere mi hijo o exige mi hija, yo no podría menos de dárselos. Como tú no aprobarás estas ideas mías y turbarás mis sentimientos, vale más que no vayas conmigo.

— Consiento — ofreció la princesa — en aprobar sin disgusto todas las liberalidades que quieras dispensar: jamás ha habido en el mundo nadie tan caritativo como tú, esposo mío.

— Si realmente eres capaz de todo esto, vente conmigo — asintió el príncipe, conmovido por la fidelidad de Madri.

Acompañado de su esposa y de sus dos hijos, el príncipe heredero fué a despedirse de su madre.

— Deseo que tú, madre mía, aconsejes a menudo al rey para que gobierne el país con la gran Ley, no dejando que la herejía se implante en el pueblo.

Al oír que el príncipe se despedía, la madre, llena de emoción y de tristeza, exclamó ante quienes la rodeaban:

— Con el cuerpo duro como la piedra y el corazón resistente como el acero, he servi-

do al gran rey, sin cometer jamás la más pequeña falta. No tengo más que un hijo y me abandona: ¿por qué mi corazón no se rompe en pedazos?

El príncipe, su esposa y sus dos hijos hicieron homenaje de respeto a su padre y a su madre y se alejaron.

Los veinte mil servidores de palacio pusieron cada uno una perla en un hilo y se lo regalaron al príncipe; los cuatro mil grandes ministros fabricaron flores con las siete sustancias preciosas y se las ofrecieron también. Salió el príncipe por la puerta norte de la ciudad; tomó todos aquellos regalos y se los dió a las gentes que iba encontrando: en un momento se quedó con las manos vacías.

Los oficiales, la gente del pueblo, grandes y pequeños, millares y millares de personas salieron a despedir al príncipe y a desearle feliz viaje. Todos discutían la orden del rey, extrañándose de que desterrase a tan excelente persona; todos sintieron vivamente su marcha. El príncipe se detuvo debajo de un árbol y se fué despidiendo de los que le acompañaban, recomendándoles que volvieran a sus hogares. Todo el

pueblo regresó entristecido a la ciudad sin poder contener las lágrimas.



El príncipe heredero, con su esposa y sus hijos, montados en un carro arrastrado por un caballo, que él mismo guiaba, partió. Después de largo rato de marcha, se detuvieron para descansar a la sombra de un árbol. Entonces apareció un brahmán, que le pidió su caballo: el príncipe lo desenganchó y se le dió. Al reanudar la marcha colocó a los niños dentro del carro, al que su mujer empujaba por detrás, mientras él mismo, metido en las varas, tiraba hacia adelante. Un poco más lejos se encontró a otro brahmán, que le pidió el carro: el príncipe se le dió también. Avanzó otro poco y un nuevo brahmán le pidió limosna.

— No quiero rechazarte — le dijo el príncipe —; pero he gastado todos mis bienes.

— Si no tienes otra cosa — replicó el brahmán — dame los vestidos que llevas puestos.

El príncipe despojóse de sus preciosas vestiduras y se las entregó al brahmán, po-

niéndose luego un vestido viejo. Más adelante otro brahmán le pidió limosna: el príncipe le dió los vestidos de su mujer; a otro le entregó después los vestidos de los niños. Y habiéndose quedado sin caballo, sin carro, sin vestidos, sin nada, no tenía el más mínimo pesar.

Seguían su camino a pie: el príncipe llevaba en brazos al hijo; la princesa a la hija. Y los cuatro iban alegres y contentos. Así continuaron su viaje a la montaña de Tan-To.

Se hallaba sita a más de seis mil *li* del reino de Che-po, y había que atravesar pantanos desiertos, donde sufrieron hambre y sed. Sacra, el rey de los devas, creó milagrosamente, en medio del extenso pantano, una ciudad con sus barrios, sus plazas, sus calles, sus arrabales; allí había en abundancia vestidos, alimentos, bebidas. Las gentes de la ciudad salieron a invitar al príncipe a que se detuviera a beber, a comer y a descansar.

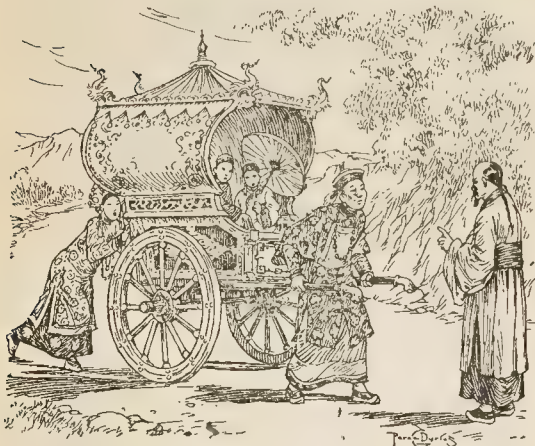
La princesa preguntó a su marido;

— Hemos andado una larguísima jornada: ¿no podemos detenernos un rato aquí?

— No — respondió el príncipe —; el rey,

mi padre, me ha desterrado a la montaña de Tan-To; quedarse aquí sería contravenir sus órdenes y faltar al respeto filial.

Salieron de la ciudad sin detenerse. Cuan-



Se encontró a otro brahmán, que le pidió el carro, y el príncipe se le dió.

do volvió el príncipe a mirar atrás, la ciudad había desaparecido.

Continuaron su marcha los infelices desterrados, hasta llegar a la famosa montaña de Tan-To.

Era ésta alta y majestuosa, poblada de vegetación exuberante; por todas partes se oía

el canto armonioso de pájaros diversos; en todas direcciones la cruzaban arroyuelos, derivados de cristalinas fuentes, los cuales, a veces, se detenían en apacibles remansos que formaban albercas límpidas y tersas; el agua era riquísima; las frutas deliciosas. Se veían con abundancia patos salvajes, martin pescadores, gansos y otras especies de aves. A la vista de aquel maravilloso retiro, el príncipe heredero dijo a su esposa:

— Mira, esposa mía, los árboles de esta montaña que elevan sus copas al cielo sin que ninguno de ellos esté cortado o destrozado. Beberemos estas aguas excelentes; comeremos estos dulces frutos, y en el seno de esta montaña podremos aplicarnos al estudio de la sabiduría.

El príncipe heredero penetró en la montaña: todos los animales que dentro de ella moraban salieron a recibirle, mostrándole la vivísima alegría que les causaba su presencia.

En la cumbre de la montaña vivía un religioso llamado Aciuta, anciano de quinientos años de edad, de virtud extraordinariamente maravillosa. El príncipe le rindió

un cortesano homenaje, después retrocedió, y quedándose en pie le preguntó respetuoso y humilde:

— ¿Dónde hay, venerable anciano, en esta montaña un lugar con agua buena y con frutos dulces, en el que nos podamos establecer?

— Toda esta montaña — respondió con voz reposada el anciano — es un lugar bendito: puedes establecerte en cualquier sitio. Aquí hay lugares puros y tranquilos. Pero, ¿por qué han venido contigo tu mujer y tus hijos, si deseas aplicarte al estudio de la sabiduría?

Antes que el príncipe hubiese tenido tiempo de responder, dijo su esposa Madri al religioso:

— ¿Cuántos años hace que te aplicas aquí al estudio de la ciencia?

— Cuatrocientos y va para quinientos.

— Calcula cuánto tiempo necesitará para lograrlo una persona como yo — replicó Madri.

— Verdaderamente — contestó el religioso, algo confundido —, son cosas que no entiendo.

— ¿Has oído hablar — le preguntó el

príncipe — alguna vez de Sudana, el heredero del reino de Che-po?

— He oído hablar mucho de él, pero no le he visto jamás.

— Yo soy el príncipe Sudana.

El religioso se inclinó respetuosamente y enseñó al príncipe un lugar donde podrían residir. Sudana, tomando como modelo al religioso, puso un lazo alrededor de su cabeza y trenzó sus cabellos. Recogió ramas para hacer una choza; construyó luego otras tres: una para su esposa y otra para cada niño. El hijo se llamaba Ye-li, y tenía siete años; llevaba vestidos hechos de hierbas y acompañaba siempre a su padre. La hija, llamada Ki-na-yen, de seis años, se vestía con pieles de ciervo y siempre iba con su madre.

En la montaña los pájaros y los otros animales estaban muy alegres y confiaban en el príncipe. Cuando se dirigía a cualquier lugar para pasar en él la noche, las cavernas y los estanques manaban agua de fuente, y de los árboles secos brotaban flores y hojas; los insectos y los animales dañinos desaparecían; las fieras carnívoras se ponían a comer hierba; los árboles frutales

producían espontáneamente frutos abundantes; los pájaros de todas clases cantaban y trinaban como en un deleitoso concierto. Madri se ocupaba en recoger frutas para que comiera toda la familia; los niños, cuando se separaban de sus padres, se iban a jugar con los animales a la orilla del río, y a veces allí pasaban la noche. Una vez el niño Ye-li montó a caballo encima de un león; como el animal hiciera un extraño, Ye-li cayó a tierra, se hirió el rostro y le saltó la sangre; un mono cogió entonces un puñado de hojas de árbol y le limpió la sangre de la cara. El príncipe, que vió esta escena desde lejos, se admiró de los buenos sentimientos de aquellos animales.



Había por entonces en el reino de Kuru un brahmán pobre que a los cuarenta años se había casado. Su mujer era bellísima; él, por el contrario, tenía doce clases de fealdad: su cuerpo era negro como la pez; en su cara tenía tres callos; era chato; sus ojos, pequeños y verdes; su tez estaba arrugada; sus labios caídos; su hablar, farfalloso; te-



Ye-li se había montado encima de un león...

nía el vientre abultado y las espaldas cargadas; sus piernas eran torcidas y deformes; últimamente su cabeza estaba calva; todo su aspecto era el de un demonio.

Su mujer le había tomado un verdadero horror. Cierta día que había ido a la fuente pública a tomar agua, se encontró un grupo de jóvenes que le hicieron burla, aludiendo a la fealdad de su marido. Ella volvió a su casa llorando y dijo, enfurecida, a su esposo:

— He ido a coger agua y un grupo de jóvenes se ha burlado de mí. Es preciso que me compres una esclava; cuando la tenga, no habré de ir a la fuente y me libraré de esta clase de burlas.

El marido quedó aterrado.

— Yo soy pobre — la dijo — muy pobre; ¿dónde quieres que vaya a buscar una esclava?

— Si no la buscas — replicó la mujer — me iré de tu lado. — Y luego añadió: — He oído decir muchas veces que el príncipe Sudana, a causa de su prodigalidad, ha sido desterrado por su padre el rey: él tiene un hijo y una hija. Anda y pídele que te los dé.

Resistió el marido lo que pudo; la mujer,

terca y más terca, llegó a amenazarle con que se daría la muerte si no le buscaba la esclava; hasta que por fin el pobre brahmán se decidió a ponerse en camino.

Se dirigió primero al reino de Che-po, y, llegado que hubo a la puerta de palacio, preguntó al portero dónde se hallaba el príncipe Sudana. El portero entró a informar al rey de que afuera había un brahmán, preguntando por el príncipe heredero. El rey se disgustó y contestó enfadado:

— Precisamente le he desterrado por esta manía suya de darlo todo; ¿por qué vienen todavía estas gentes? Esto es comparable a una hoguera que ella sola se consume, pero a la cual se le van echando ramas secas: mi pena es parecida al fuego que se consume; la venida de este hombre pidiendo ver al príncipe son las ramas secas que se echan al fuego.

Pero el brahmán insistió en ver al rey, al que dijo:

— Yo vengo de un país lejano, porque he oído hablar de la fama del príncipe heredero, que asciende hasta lo alto del cielo azul y penetra hasta lo más profundo de las fuentes amarillas. El príncipe es caritativo

y satisface los deseos que se le manifiestan: por esto he venido yo desde lejos, muy lejos, porque tengo que pedirle una cosa.

— El príncipe heredero — contestó el rey — vive solitario en lo más escondido de las montañas y es extremadamente pobre. ¿Cómo podrá darte lo que le vas a pedir?

— Aunque el príncipe no sea dueño de nada, necesito verle -- afirmó resueltamente el brahmán.

El rey encargó a sus criados que le enseñaran el camino.

El brahmán se dirigió a la montaña de Tan-To. Una vez allí, se encontró un cazador, al que preguntó:

— ¿Has tenido ocasión de ver en esta montaña al príncipe Sudana?

El cazador sabía que el príncipe había sido desterrado por dar cuanto tenía a los brahmanes; cogió a éste, le ató a un árbol y se puso a golpearle hasta ponerle el cuerpo hecho una llaga; a la vez le injuriaba, diciéndole:

— Te debía atravesar el vientre a flechazos y echar tu cuerpo a que lo devoraran los lobos. ¿Qué falta te hace saber dónde está el príncipe?

El brahmán vió que aquel hombre le iba a matar, y pensó engañarle.

— Podías haberme preguntado antes de pegarme — censuró al cazador.

— ¿Qué tienes que decir?

— Que el rey deseaba ver al príncipe — afirmó tranquilamente el brahmán — y me ha enviado a buscarle para que le invite a volver a la corte.

El cazador, entonces, le desató; le dió toda clase de excusas por no haber sabido cuáles eran sus intenciones y le enseñó luego el lugar donde moraba el desterrado.

El brahmán llegó al retiro del príncipe: cuando éste le vió, alegróse extremadamente. Salió a su encuentro, le hizo gran agasajo y le preguntó de dónde venía, si estaba fatigado de su viaje, si tenía algo que pedirle.

— Vengo de muy lejos — respondió el brahmán —; mi cuerpo está dolorido; tengo mucha hambre y mucha sed.

El príncipe le rogó que entrara en su choza y se sentara; luego le ofreció frutas y un refresco. Cuando el brahmán hubo tomado su refrigerio, dijo al príncipe:

— Yo soy originario del reino de Kuru;

hace mucho tiempo que vengo oyendo hablar de tu caridad, pues tu fama es conocida en las diez regiones. Yo soy muy pobre y desearía pedirte que me diceses alguna cosa.

— No es que yo rehuse dártela; pero todo lo que yo tenía lo he repartido y no tengo nada absolutamente.

— Si no tienes ningún objeto — replicó con cinismo el brahmán — dame tus dos hijos para que cuiden mi vejez.

El príncipe quedó atónito. El brahmán insistió en su demanda.

Cuando el brahmán hubo repetido por tres veces su petición, el príncipe exclamó:

— Has venido expresamente desde muy lejos con el deseo de poseer a mi hijo y a mi hija. ¿Cómo podría yo rehusar el dárte los?

Los dos niños estaban jugando en aquel momento. Su padre los llamó y les dijo:

— Tenéis que marcharos con este brahmán.

Los niños, asustados, fueron a refugiarse en las rodillas de su padre, y llorando, decían:

— Hemos visto brahmanes, pero a nin-

guno tan feo como éste; esto no es un brahmán, es un demonio. La madre se ha ido a coger frutas y todavía no ha vuelto; y tú, padre, nos entregas en manos de un demonio, que nos comerá.

— No lloréis, queridos — les dijo el padre con tranquilidad —. Este brahmán no es un demonio, ni os hará daño alguno. Andad con él.

— Deseo irme pronto —añadió el brahmán —, porque temo que si vuelve su madre, no me los podré llevar. Tú me has manifestado excelentes sentimientos; pero si la madre de los niños viene, destruirá tu buena disposición.

— Desde mi nacimiento —replicó el príncipe con aplomo — he prodigado muchas liberalidades y jamás me he arrepentido de ellas.

El príncipe tomó agua y lavó las manos del brahmán; acercó a sus hijos, los abrazó y se los entregó: la tierra empezó a temblar. Los niños no querían de ninguna manera seguir al brahmán. Postrados de rodillas ante su padre, le decían suplicantes:

— ¿Qué crimen hemos cometido para que se nos castigue así, para que vengamos a

ser esclavos de un hombre, nosotros que somos de estirpe real?

El príncipe, su padre, respondió con sequedad:

— Todos los afectos de este mundo deben ser rotos un día; ninguna cosa es permanente: ¿cómo se podrá conservarlas? Cuando yo alcance la sabiduría sin superior y sin igual en absoluto, os salvaré.

— Despidenos, pues, de nuestra madre — rogaron los niños, accediendo a irse —, porque nos separamos para siempre. Sentimos no abrazarla, creemos que cuando vea que nos ha perdido, se afligirá por nuestros sufrimientos, se desolará con nuestras penas.

Pero el brahmán aumentó el dolor del padre, diciéndole:

— Señor, soy viejo y débil; estos niños se me escapan y se irán a buscar a su madre. ¿Cómo los voy a coger de nuevo? Es menester que me los des atados.

El príncipe, sin replicar palabra, sujetó las manos de los dos niños por detrás de sus espaldas para que el brahmán pudiera amarrarlos; éste los ató juntos y cogió la punta de la cuerda que los aprisionaba. Luego, como los niños se resistieran a seguirle,

los golpeó hasta hacerles saltar la sangre. Este espectáculo terrible arrancó lágrimas al príncipe heredero, que, rodeado de todos los animales, acompañó de lejos a los niños, hasta que los perdió de vista. Volvieron el príncipe y los animales al lugar en que los niños acostumbraban jugar, y allí se retorcían de dolor, lanzando agudos gritos y revoleándose por el suelo.

El brahmán se había llevado a los dos niños. En el camino, el chico arrolló la cuerda alrededor de un árbol y se negó a seguir adelante, esperando que su madre viniera. El brahmán les golpeó con un bastón, hasta que los niños dijeron:

— No nos pegues más; ya nos iremos contigo —. Y, levantando los ojos al cielo, exclamaron: — ¡Oh, divinidades de las montañas, oh divinidades de los árboles, compadeceos de nosotros! Tenemos que irnos lejos, para ser esclavos de un hombre, y no hemos podido siquiera decir adiós a nuestra madre. Decidle que deje sus frutas y venga en seguida a vernos.

En aquel instante la princesa, que estaba en la montaña, sintió un escozor en el pie izquierdo, y notó que su ojo derecho ha-

cía guiños, y pensó: «Nunca he sentido estas extrañas sensaciones; ¿qué necesidad tengo de ocuparme en estas frutas? Voy a volverme, no sea que les haya acaecido al-



El príncipe, acompañado de todos los animales, seguía con la mirada la marcha de sus hijos...

go a mis hijos.» Y, dejando su quehacer, se volvió.

Entonces el Sacra del segundo cielo, rey de los devas, sabiendo que el príncipe había dado sus hijos a un hombre, y temeroso de que la madre fuese a anular sus exce-

lentes disposiciones, se transformó en un león, que se sentó atravesado en el camino. La mujer le dijo:

— Tú eres el rey de los animales; yo también soy la hija de un rey, y vivo, como tú, en la montaña: deseo que te apartes un poco para que yo pueda pasar. Tengo dos hijos todavía muy pequeños; no han comido desde esta mañana, y sólo cuentan con lo que yo les lleve.

El león, sabiendo que el brahmán estaba ya muy lejos, se levantó y dejó el camino libre, de manera que la princesa pudiera pasar.

A su vuelta vió la princesa a su marido, que estaba sentado solo y no vió a sus hijos. Fué a su choza a buscarlos y no los encontró; fué a las chozas de ellos, y tampoco allí estaban; luego se acercó a la orilla del río, donde los pequeños tenían costumbre de divertirse, pero no los vió tampoco; solamente estaban allí los animales: leones, monos, gamos, con los que solían entretenerse. Madri empezó a golpearse y a gritar; vació por sí misma el estanque donde jugaban de ordinario; volvió al lugar donde estaba su marido, y le preguntó con ansiedad:

— ¿Dónde están los niños?, esposo mío.

El príncipe no respondió. Madri siguió diciendo:

— Cuando mis hijos me veían venir desde lejos, trayendo frutas, corrían a mi encuentro, brincando y saltando. Apenas me sentaba se colocaban a mi lado, y se cuidaban de limpiarme el polvo que pudiera traer. Ahora no los veo; mis hijos no vienen a mi lado. ¿Qué les ocurre? Mi corazón se destroza; dime dónde están o me volveré loca.

El príncipe seguía callado. Tres veces más hizo sus angustiosas preguntas la atribulada madre; ninguna consiguió respuesta. Con más pena y amargura aún exclamó:

— Podría soportar el no ver a mis hijos; pero tu silencio aumenta mi extravío.

El príncipe heredero, entonces, la dijo, tranquila y secamente:

— Ha venido un brahmán del reino de Kuru; me ha pedido los dos niños y yo se los he dado.

Cuando la infeliz madre oyó aquellas palabras sintió tal emoción, que cayó a tierra como una gran montaña que se desmoronase.

— ¡Cálmate, cálmate! — le dijo el príncipe, cuando recobró el conocimiento —. Recuerda que en una vida anterior tú aprobaste un solemne pacto que hicimos; tú consentiste en esta condición que yo te puse para que fueras siempre mi esposa: «Para esto, para ser siempre mi esposa, es preciso que te conformes a mi voluntad; yo seré todo lo liberal que pueda y no me opondré a ningún deseo que me pidan; solamente me abstendré de dar a mi padre y a mi madre; en todo lo demás que yo haga, tú seguirás mi voluntad.» Y tú asentiste. Ahora yo he dado a los niños, y tú vienes a turbar la tranquilidad de mis sentimientos.

La princesa, haciéndose fuerte a su dolor, sintió que su inteligencia y su corazón se abrían a una nueva luz y recordó su anterior promesa, con lo cual se tranquilizó.



Sacra, rey de los devas, viendo cuál era la caridad del príncipe, descendió para ponerle a prueba, pidiéndole alguna cosa. Transformóse también en un brahmán, con las doce clases de fealdad, y le dijo:

— He oído hablar mucho de tu caridad y de que todo lo que se te pidiese lo concedías; fiado en esto he venido para pedirte que me des tu esposa.

— Te la doy — contestó sin vacilar el príncipe. Lavó con agua las manos del brahmán, trajo luego la mujer y se la entregó. El brahmán cogió la princesa y se alejó; pero a los siete pasos se volvió y se la dió a su marido. El príncipe, creyendo que no la quería, le insistió, y se dedicó a hacer el elogio de Madri y de sus bellas cualidades. Hasta que, por fin, el brahmán dijo:

— Yo no soy brahmán; yo soy Sacra, el rey de los devas, que he venido para probarte. ¿Cuáles son vuestros deseos?

Y tomó el aspecto de Sacra, apareciendo en la cumbre de su belleza. La princesa se prosternó ante él y le manifestó tres deseos:

— En primer lugar, quiero que el brahmán que se llevó nuestros hijos vaya a venderlos a nuestro país. En segundo lugar, que nuestros hijos no padezcan hambre ni sed. En tercer lugar, que el príncipe y yo podamos regresar pronto a nuestro reino.

Sacra le prometió satisfacerla. El príncipe expresó su deseo:

— Yo querría que todos los seres vivientes se salvaran, sin tener que padecer los dolores del nacimiento, de la vejez, de la enfermedad y de la muerte.

— A tanto no alcanza mi poder — respondió Sacra.

— Entonces, provisionalmente sólo — dijo el príncipe —, yo desearía tener otra vez grandes riquezas, para poderlas dar de nuevo; y que el rey, mi padre, y sus ministros sientan deseos de volverme a ver.

— Se hará como quieres — contestó Sacra, y de repente desapareció.

Mientras tanto, el brahmán de Kuru había vuelto a su casa con los niños; pero su mujer le recibió muy mal y le dijo:

— ¿Cómo te atreves a volver trayéndome estos niños? Son de estirpe real, y tú, sin embargo, falto de toda piedad, los has azotado bárbaramente, hasta plagarlos de heridas. Anda, véndelos y cómprame otros criados.

El brahmán se puso en camino para venderlos; guiado ocultamente por Sacra, rey de los devas (que daba de comer y beber a los niños), se dirigió al reino de Che-po. Pronto supo todo el mundo que aquéllos

eran los hijos del príncipe heredero, los nietos del rey. Todos, grandes y pequeños, se compadecieron de los pobres chicos, y hasta llegaron a intentar robárselos al brahmán de Kuru; pero un notable intervino para evitarlo, sospechando que eso molestaría al príncipe, y aconsejó dar aviso al rey.

A la noticia de que sus dos nietos estaban puestos en venta por un brahmán, el rey quedó sorprendido; hizo que inmediatamente se le presentara el de Kuru con los niños. El rey, su esposa, los ministros, los servidores todos de palacio, viendo de lejos a los niños, llagados y acardenalados, no pudieron contener las lágrimas.

— ¿Como has adquirido estos niños? — preguntó irritado el rey.

— Pidiéndoselos al príncipe heredero — respondió el brahmán.

El rey pretendió abrazar a sus nietos; pero ellos lloraban y no se querían acercar. Entonces preguntó al brahmán a qué precio se los vendería.

— El niño — le contestó — vale mil piezas de plata y cien vacas; la niña vale dos mil piezas de oro y doscientas vacas.

— ¿Cómo? — preguntó extrañado el rey —.

Los varones valen siempre más que las hembras.

— Si tú tenías un hijo solo y lo has desterrado a lejanas montañas, será porque lo estimabas en poco.

El rey se turbó y afligió al oír aquel reproche. Y preguntó a los niños si le odiaban, o si no iban a sus brazos por temor al brahmán. El niño le dió la razón.

— Nosotros éramos antes nietos de rey; pero ahora somos esclavos de un hombre: ¿cómo podrían ir los esclavos de un hombre a los brazos de un rey?

El rey se afligió todavía más. Pagó el precio del rescate, y pudo abrazar a sus nietos. Colmóles de caricias y les preguntó por la vida que su padre hacía en la montaña.

Respondió el niño:

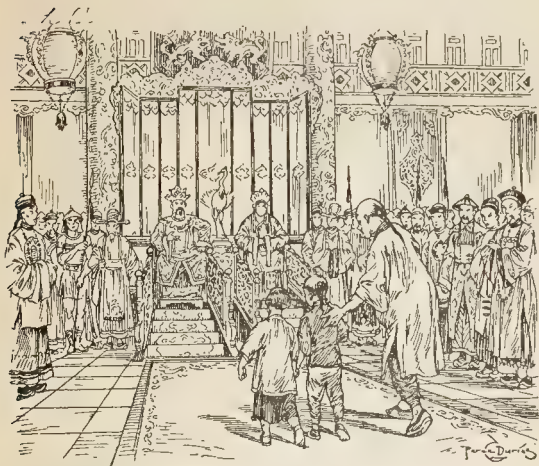
— Come frutas, granos, legumbres, raíces; se cubre con una tela grosera que le sirve de vestido; las cien clases de pájaros le distraen y su corazón está limpio de pena.

El rey mandó un mensajero para que a toda prisa fuera a buscar al príncipe y le hiciera volver. Llegó el enviado y le comunicó la orden del rey. El príncipe respondió:

— Mi padre me ha desterrado por doce

años a la montaña, y todavía faltan cinco para que el plazo se cumpla; así que transcurra este plazo, volveré.

El mensajero llevó al rey esta contesta-



— ¿Cómo has adquirido estos niños? — preguntó
irritado el Rey.

ción. Entonces el monarca escribió de su puño y letra una carta para que se la llevaran al príncipe. Decía así:

«Eres un sabio. Para lo que ha pasado, debes ser indulgente; para lo que ha de venir, debes ser indulgente también. ¿A qué

irritarte y no volver? Hasta que estés aquí, no comeré ni beberé.»

El enviado partió de nuevo a llevar esta carta al príncipe. Cuando éste recibió la carta real, comenzó por prosternarse en tierra delante de ella, hasta tocar su rostro con el suelo; luego la adoró; después dió siete vueltas a su alrededor; entonces la abrió y la leyó.

Se extendió por la montaña la nueva de que el príncipe heredero había de volver a la corte, y todos los animales que vivían por aquellos bosques saltaban, se retorcían de dolor y lanzaban gritos espantosos de lamentación; las fuentes se secaron; las aves de todas clases piaban dolorosamente, porque iban a perder la vista del príncipe heredero.

El cual se puso los vestidos y, en unión de la princesa, se dirigió a Che-po'.

El soberano hostil del reino rival, al conocer el retorno de Sudana, mandó a sus servidores colocar sobre el elefante blanco un aparejo de oro y plata, y tomando un vaso lleno de granos de oro y otro lleno de granos de plata, salió al encuentro del prin-

cipe en su camino para darle todo aquello. En términos de gran humildad le expresó su arrepentimiento por las faltas que había cometido:

— Si en otro tiempo — le dijo — te pedí el elefante blanco, fué porque yo era estúpido e insensato; por causa mía has sido desterrado muy lejos de tu casa; ahora he sabido que vuelves y he sentido profunda alegría; te restituyo el elefante blanco; te ofrezco los granos de oro y de plata; te suplico que te dignes aceptarlos, para que mi crimen sea borrado.

— Suponte — contestó con dulzura el príncipe — que un hombre, habiendo preparado alimentos de todas clases, se los haya servido a otra persona; si ésta, después de haberlos mascado los tira al suelo, ¿serán puros y limpios aquellos alimentos? ¿Se podrían volver a comer? Pues las liberalidades y regalos que yo he hecho son comparables a los alimentos arrojados por tierra: de ninguna manera los puedo volver a tomar. Monta en el elefante blanco, vuélvete a tu reino y procura seguir el camino de la sabiduría.

Por causa del regalo de aquel elefante

blanco, el soberano enemigo del país rival se transformó en un hombre generoso y bueno; él y todo su pueblo obraron rectamente.

El rey, padre del príncipe Sudana, montó en un elefante para salir al encuentro de su hijo. El príncipe heredero se adelantó y le rindió homenaje prosternando su rostro contra el suelo. Después se colocó detrás del rey. Así entraron en la ciudad. Todas las gentes estaban contentísimas: arrojaban flores, quemaban perfumes, agitaban pañuelos de seda, regaban el suelo con esencias olorosas para recibir al príncipe heredero.

El cual entró en palacio y se fué directamente a presencia de su madre; humillada su cara contra el suelo, la saludó y la presentó sus respetos.

El rey confió sus tesoros al príncipe, que siguió haciendo limosnas y regalos a su gusto y todavía fué más caritativo que lo había sido antes. Por su caridad obtuvo la recompensa de llegar a ser Buda.

LAS TRAVESURAS DE SOHAIM-EL-LIL

ERASE un cazador, casado con una mujer muy joven, y sin que Dios les hubiese concedido hijos. Esta falta de herederos le disgustaba mucho.

Un día, el cazador pidió a Dios Todopoderoso y Altísimo un hijo o una hija, aunque él tuviese que morir después de haberle visto. Dios escuchó su plegaria. Pero cuando su mujer se vió próxima a recibir la gracia divina, se acordó de que su marido moriría tan pronto como naciese aquel hijo. Temiendo por la vida de su esposo, fué a esperar al ser deseado dentro de una cueva que tenían debajo de la casa. Así pudo ocul-

tar a los ojos de su esposo el hijo, a quien llamó Sohaim-el-lil, que significa flecha pequeña que, lanzada en la oscuridad, hiere por derecho y de través.

Cuando ella sospechaba que el niño podía tener hambre, siempre encontraba un pretexto ante su marido para marchar a amamantarlo.

El cazador, extrañado de no haber visto ningún niño por la casa, preguntó a su mujer, la cual le contestó que el hijo había nacido muerto.

— Dios nos lo dió — exclamó resignado el marido —, Él nos lo ha quitado. Si hubiéramos debido gozar de la alegría de su presencia, hubiera vivido ciertamente. El Creador del día y de la noche querrá reemplazarnoslo.

Sohaim-el-lil siguió creciendo de día en día, hasta que comenzó a correr con toda libertad. Era de una belleza extraordinaria.

Cierta día, mientras el marido estaba ausente, la mujer fué a visitar a sus vecinos. El padre de Sohaim-el-lil no tardó en volver, y encontró al niño que jugaba solo en la casa. Al verle, sintió latir con fuerza su corazón dentro del pecho y comprendió en

seguida que el niño que estaba viendo era su hijo y a quien había ocultado su esposa. Cubrió sus mejillas de tiernos besos paternales y cayó muerto de repente.

El niño continuó divirtiéndose y jugando con el cadáver de su padre. Cuando la madre volvió y encontró a su esposo tendido en el suelo, comenzó a gritar con todas sus fuerzas. Acudieron los vecinos, consolaron a la pobre viuda y procedieron a hacer los funerales del difunto.

A consecuencia de aquella desgracia la madre de Sohaim-el-lil quedó pobre. Un día la preguntó su hijo:

— Madre, ¿es que mi padre no tenía ningún oficio?

Ella le respondió que era cazador. El chico preguntó en dónde estaban las herramientas de aquel oficio. La madre le respondió que no le quedaba más que un trozo de red que estaba tirado en la terraza. El pequeño lo cogió, trató de remendarla, y luego dijo a su madre:

— Madre mía, iré adonde la suerte me lleve, y con la ayuda de Dios, trataré de traerte alguna cosa.

Su primera cacería fué bastante afortu-

nada: cogió dos ocas y un pájaro pequeño. Contentísimo se dirigía a su casa, cuando le detuvo una partida de ladrones. El capitán le pidió muy cortésmente que le entregara las dos ocas y el pájaro. Sohaim respondió con altivez que no entregaría a nadie su primera caza. El capitán se la arrebató por la fuerza, burlándose además. Entonces, Sohaim juró vengarse.

El capitán de los ladrones llamó a uno de sus criados y le dijo:

— Lleva esto a casa y dile a la cocinera que lo guise bien, que después, cuando vaya uno de mi parte y pinche el dedo meñique del esclavo, ella le entregará la comida, que ya estará lista.

Sohaim-el-lil, que se había ocultado no lejos de allí, pudo oír la conversación de los bandidos. Esperó un rato y luego se fué a casa del capitán de los ladrones, pinchó el dedo meñique del esclavo y se retiró cargado con la comida. Dirigióse a su casa, donde su madre y él celebraron un pequeño festín, gracias al Altísimo (ensalzado sea!).

Antes de abandonar la casa del bandolero, Sohaim cuidó de escribir en un trozo de papel: «El que os ha hecho esta jugarreta



Le detuvo una banda de ladrones...

ha sido Sohaim-el-lil, el dueño de las ocas y del pájaro que me habéis robado.»



Tal fué su primera proeza. La segunda no se dejó esperar. El capitán de los ladrones, al conocer la jugarreta anterior, mandó buscar al culpable; pero en vano: no pudo saber ni siquiera el camino que había llevado.

Sohaim-el-lil dijo a su madre:

— Te suplico que me des un manto, un traje y un velo para la cara, es decir, todo lo necesario para vestirme de mujer: esta noche voy disfrazado a la boda de un amigo. ¡Le vamos a dar un bromazo!...

La madre le proporcionó un traje completo. Sohaim se disfrazó convenientemente, hasta el punto de parecer una hermosa doncella. Ya en semejante guisa dirigióse al campamento de los ladrones y, cuando hubo llegado, les dijo:

— Señores, voy al Cairo; ¿podré llegar esta noche?

El capitán respondió:

— ¡Hermosa señora!, quédese aquí esta noche, y mañana yo mismo os acompañaré.

— Con franqueza, señor, tengo miedo de pasar la noche entre tanta gente.

— No os preocupéis — tranquilizó el capitán —. En mi casa, al lado de mis damas, podéis estar cómoda y segura.

Emprendió la marcha. Sohaim-el-lil le seguía medrosamente. Llegados a la guarida del capitán, hizo éste que degollasen un hermoso carnero en honor de la dama y que la preparasen la habitación más suntuosa; mientras tanto, le fué enseñando los diferentes departamentos, deteniéndose principalmente en el salón en donde estaban depositados los objetos procedentes de los robos.

Sentáronse, al fin, el uno al lado del otro. El capitán trajo vino y bebió en abundancia; Sohaim-el-lil fingía beber, mas no probaba el vino.

No tardó el capitán en estar borracho. Entonces, la fingida señora, como mirase alrededor y viera una horca, preguntó al capitán:

— ¿Qué es esto, señor?

— Al que no roba mucho — contestó él — le colgamos ahí.

— ¡Oh, querido señor! — suplicó la fingi-

da dama —. Quisiera ver cómo funciona tan extraño aparato.

— Si tenéis ese capricho, nada tan fácil como verlo satisfecho. Yo mismo me colgaré; pero tened cuidado de no tirar mucho de la cuerda.

— ¡Oh, señor! ¿Qué decís? Tiraré con tanta suavidad, que apenas notaréis el balanceo; mas si acaso os molesto, avisadme en seguida.

El capitán se colgó de la horca; la fingida señora cogió la cuerda. El bandido exclamó:

— ¡Ya estoy a merced vuestra!

— ¡Vos lo habéis querido! — gritó Sohaim-el-lil, y tiró de la cuerda con todas sus fuerzas, hasta que el capitán sacó la lengua afuera y se le desorbitaron los ojos.

Después de esto escribió un papelito que decía: «El que ha realizado acción tan atrevida es Sohaim-el-lil, el dueño de las ocas y del pájaro que me habéis robado.» Y lo clavó sobre el pecho del cadáver.



Tal fué su segunda proeza. La tercera ocurrió así:

Sohaim-el-lil escogió en la sala de los ob-

jetos robados por los bandidos lo que había de más valor, y se lo llevó. Los ladrones que estaban a las órdenes del capitán, como no le viesan llegar, fueron en su busca y no tardaron en hallarle. Al leer el papelito, se enteraron de que el autor de aquella hazaña, de tan tremenda audacia, era Sohaim-el-lil. Juraron todos vengar la muerte de su jefe. En seguida descolgaron el cuerpo y lo llevaron a casa de la hermana del difunto. Era ésta Dalila la Astuta, renombrada en todo el mundo por sus muchas trapacerías. Así como vió muerto a su hermano y supo quién le había matado, dijo a los ladrones:

— ¡Por Dios, que yo os daré noticias de ese bribón!

Puso en un cesto algunas ocas y huevos, y se marchó a buscar noticias de la morada de Sohaim-el-lil, haciéndose pasar por su tía paterna. Al fin, logró llegar a la casa tan buscada.

Saludó al mozo, y le abrazó, diciéndole:

— ¡Felicidades, sobrino! ¡Salud, hijo de mi hermano!

Sohaim-el-lil, recelando algún engaño de la vieja, dijo a su madre:

— Ésta de seguro que no es mi tía, sino alguna perversa mujer que trata de jugar-nos alguna mala pasada. Haz como que estás guisando; pero no eches más que piedras en la cazuela, aunque aparentes tener una oca; sigue atizando la lumbre y soplando hasta la media noche.

La madre siguió al pie de la letra las instrucciones de su hijo. Mientras que ella estaba en la cocina, cuidando del fuego, So-haim-el-lil hacía compañía a su fingida parienta, y de vez en cuando gritaba a su madre:

— ¡Madre, trae la cena a mi tía!

— Espera, hijo; que aún no está cocida — respondía la madre.

Hacia la media noche, Dalila la Astuta ordenó:

— Levántate, sobrino, y vamos a buscar las demás cosas que hay en mi cesto, mientras que la cena se cuece.

— Con mucho gusto — respondió el astuto mozo.

Y después de recoger sus armas salió con ella.

Cuando llegaron cerca de un árbol, So-haim-el-lil dijo a la vieja:

—Vuelve la cabeza un momento, tía; tengo una necesidad.

Dalila se volvió; el mozo sacó su sable, cortó la cabeza a la vieja, la colgó en seguida de un árbol, y escribió en un pedazo de papel:

«El que ha hecho esto y ha logrado el colmo de sus deseos, ha sido Sohaim-el-lil, el dueño de las ocas y del pájaro.»



Esta fué la tercera hazaña de Sohaim-el-lil. La cuarta fué como sigue:

Los ladrones comenzaron a buscar a Dalila la Astuta, extrañados de su larga ausencia. Al fin la encontraron colgada del árbol y leyeron el papelito.

— ¡Basta! — exclamaron —. Nadie podrá apoderarse del que ha sido más fuerte que Dalila, la más astuta de todas las mujeres. No nos queda otro remedio que ir a quejarnos al cadí.

Se volvieron a su casa; se vistieron con sus trajes más nuevos, y fueron a consultar el caso con un viejo que les dijeron tenía fama de ser un excelente consejero.

Llegados a la casa, saludaron al ancianito, de luenga y venerable barba, y le explicaron con todo pormenor las diferentes tretas que les había jugado Sohaim-el-lil, como asimismo sus propósitos de acudir a referírselas al cadí, pidiéndole un ejemplar castigo.

—¿Cómo?— preguntó el viejecito—. ¿Habéis sido engañados por un muchacho y os atrevéis a presentaros ante el cadí con trajes limpios y nuevos? Mejor sería que os quitaseis esos vestidos y me los dieseis a guardar, y que cada uno de vosotros tomase un trozo de esta tela para cubrirse el cuerpo. El cadí, viéndoos en tan lastimoso atavío, casi desnudos, dará fe a cuanto digáis.

Siguieron el consejo del anciano, y le dejaron sus trajes a guardar.

Así que los ladrones estuvieron delante del cadí, el anciano, que no era otro que Sohaim-el-lil disfrazado, se escabulló con los vestidos.

El juez ordenó:

— ¡Así que lo cojáis, traédmelo!

Los ladrones se alejaron con la cabeza baja, humillados por haber sufrido tal de-

cepción y más mortificados todavía por todo cuanto les había hecho Sohaim-el-lil.

En cuanto el cadí volvió a su casa, contó a su hija las proezas de Sohaim-el-lil y sus dudas sobre lo que debería hacer en tales circunstancias para apoderarse de él.

La hija del cadí insinuó a su padre:

—Tenemos una camella que no ha salido a la calle; adornémosla, y paseémosla por la ciudad, con música de tambor y pífano; tal vez Sohaim-el-lil saldrá de su casa, como todo el mundo, para verla pasar, y entonces nuestros guardias le detendrán.

—Has tenido una idea luminosa, hija mía — replicó el cadí —, y ahora mismo la voy a poner en práctica.

Dicho y hecho; el cortejo partió de casa del cadí y recorrió todas las calles de la ciudad, mientras que Sohaim-el-lil estaba en su casa, sentado tranquilamente, viéndole pasar desde lejos.

Había delante de la casa del astuto muchacho un árbol grande, al pie del cual puso Sohaim-el-lil un cántaro con agua para que los transeúntes pudieran refrescar fácilmente. Cuando, al final del día, los que llevaban la camella se sintieron extenua-

dos de cansancio, sentáronse debajo del árbol para descansar un rato. A los pocos momentos quedáronse dormidos. Uno de ellos tenía arrollada en la mano la cuerda con que sujetaba a la camella.

Así que todos estuvieron dormidos, Sohaim-el-lil salió de su casa, cortó la cuerda, se llevó la camella, la degolló, hizo cocer una parte, freír otra, y el resto lo conservó entre sal. Al despertarse los conductores y no encontrar la camella, se desesperaron y no sabían qué iban a decir al cadí.

— ¿Qué mentira inventaremos? — se preguntaban.

— Podíamos decirle — insinuó uno que se las daba de listo — que la tierra tuvo envidia de la hermosura de la camella y se la tragó. Tal vez se lo crea.

Fueron a casa del cadí y le contaron la historieta. La hija del cadí, que se hallaba presente, no tardó en darse cuenta de que uno de ellos tenía en su turbante un papeli-to; cogiólo y leyó en él: «El que ha ejecutado esta buena acción y ha llegado al colmo de sus intenciones, ha sido Sohaim-el-lil, el dueño de las ocas y del pájaro.»

La joven exclamó:

— Dejádme hacer. Yo misma saldré y encontraré mi camella.

Una vez en la calle, la joven, con acento insinuante, preguntaba a quienes veía:



Sohaim-el-lil cortó la cuerda...

— ¿Me convidas a comer en tu casa?

— Con mucho gusto — la contestaban.

— Pero... ¿me darás a probar la camella del cadí?

— No, porque no la tengo.

Siguió con esta táctica hasta que llegó a un grupo en donde se hallaba Sohaim-el-lil.

Repitió la joven su petición y el mozo ofreció con viveza:

— Hazme el honor de venir a mi casa; yo te daré a probar la camella.

Tal como lo había ofrecido lo hizo. Al salir la joven de la casa, marcó la puerta con una señal roja para poderla reconocer cuando volviera con guardias a detener a Sohaim-el-lil.

Éste, que pescó al vuelo la idea de la joven, marcó de rojo todas las puertas de su calle, con objeto de que las confundiesen con la suya.

Cuando la hija del visir volvió con sus soldados, se encontró señaladas todas las puertas y no pudo encontrar la que buscaba. Se puso furiosa y regresó a su casa desengañada; mientras que Sohaim-el-lil estaba, según costumbre, tranquilamente sentado en la suya y riendo a todo reír.



Pero como no ganaba nada, no tardó Sohaim-el-lil en hallarse pobre; por lo cual pidió a su madre los objetos de los ladrones para llevarlos a vender en el mercado. Su

madre se los dió. El mozo fué a venderlos; mas los ladrones, que precisamente se hallaban en el mercado cuando él llegó, le detuvieron y llevaron por la fuerza ante el cadí.

Éste trasladó el asunto al sultán y al visir: los cuales mandaron ahorcar el viernes al culpable. Le habían detenido un jueves.

El cadí mandó encerrarle en la cárcel hasta que amaneciese, dentro de un calabozo chapeado de hierro, con guardias de vista.

Sohaim-el-lil se estuvo callado hasta las tres de la mañana; luego llamó a voces a su guardián, diciéndole:

— Yo soy Azrael (1), el pequeño Azrael, y he sido enviado por el Altísimo. Déjame salir o me llevo tu alma.

El guardián le abrió, y le dijo:

— ¡Sal! Si me preguntan por ti, diré que te ha tragado la tierra.

Sohaim-el-lil salió y se fué a su casa, se puso una túnica blanca del todo y cosió en ella candelillas que encendió para darse la

(1) El ángel encargado de llevarse las almas.

apariencia del ángel Azrael. Y en aquella facha se presentó al sultán, diciéndole:

— Soy el pequeño Azrael, enviado por el gran Azrael; vengo a tomar tu alma y lue-



El sultán accedió a lo que le pedía.

go la del visir, a menos que ahora mismo pongas en libertad a Sohaim-el-lil, le des tu hija en matrimonio y le regales una soberbia finca de recreo.

El sultán, temblando de miedo, se lo prometió. Sohaim-el-lil alejóse y se fué a ver al visir; quien, tan aterrado como el sultán, prometióle hacer cuanto le pedía, aquella

misma mañana. Luego se fué a ver al cadí, que le ofreció lo mismo que los otros, y temblando también.

Sohaim-el-lil marchóse a su casa, se quitó el vestido y se volvió a la cárcel; hizo al guardia que le abriese el calabozo, y se metió dentro.

Muy de madrugada, el sultán, el visir y el cadí fueron a ver al preso y le dijeron:

— ¡Sal, oh Sohaim-el-lil!

— ¡Oigo y obedezco!..., aunque ya sé que queréis ahorcarme — les dijo.

Juraron ellos que no pretendían semejante cosa; quedó en libertad y casóse con la hija del sultán. Fué propietario de una hermosísima finca y de un espléndido palacio, en donde vivió en la mayor paz, con su madre y con su esposa, durante muchos años.



EL SECRETO DEL BRAHMAN

POR los tiempos del Buda Tumena, había en la región de Tingatanago cuatro brahmanes, famosos en todo el país por sus extensos conocimientos. Eran muy amigos; vivían siempre juntos y juntos comían. Tenían una casa sencillísima, en un lugar sombrío, lejos del camino real y apartados del ruido y de la baraúnda de la vida social. Poseía cada uno de ellos cien monedas de oro, que guardaban para caso de una necesidad imprevista. Sin preocupaciones materiales, sin tener miedo alguno al mañana, podían dedicarse por completo a sus estudios y a sus meditaciones.

Un día habían de ir juntos al río que co-

rría por el fondo del valle, y que se hallaba muy lejos de su morada habitual. Como medida de precaución, convinieron poner el dinero de los cuatro en un escondrijo, al pie de un árbol, para no tener la molestia de llevarlo encima y seguros de que, a su regreso del baño, encontrarían en su sitio la fortunita de cada cual. El más joven fué el encargado de preparar el escondite y de enterrar, cuidadosamente, las cuatrocientas monedas de oro.

Un mal pensamiento surgió en la mente del brahmán joven, lo mismo que la cizaña nace en un campo fértil; y no metió en el escondite más que trescientas monedas, colocando su propio tesoro un poco más lejos. Imaginaba que, al regreso, sus compañeros no habían de sospechar de él; que supondrían un robo durante su ausencia, y aceptarían la proposición de partir entre los cuatro la suma restante; luego, él cogería su tesoro, aumentado con la parte que le dieran los otros, y se marcharía lejos de aquella soledad, al bullicio del mundo en las grandes ciudades, donde podría gozar los placeres de la vida hacia los cuales sentía su alma inclinación más fuerte que por las pe-

nosas prácticas ascéticas y religiosas, de las cuales ya se sentía cansado.

A la vuelta del baño, el brahmán joven se dirigió al escondrijo. Al poco rato sus compañeros lo vieron venir corriendo, gritando desaforadamente, pálido, demudado:

— ¡Maldición! — decía —. ¡Maldición! Nos han robado, nos han robado, o, mejor dicho, me han robado a mí. Aquí están sólo tres sacos, los vuestros; el saco que contenía mis monedas ha desaparecido: se lo habrá llevado algún ladrón. ¡Estoy perdido!

Los tres brahmanes oían sorprendidos su atropellada queja; y sin darles tiempo apenas a contestar, el joven propuso:

— Hermanos, me han dejado sin ningún recurso; ya sabéis que esas cien monedas desaparecidas eran mi única fortuna. ¿Me daréis parte de vuestro capital? Es justo que aliviéis mi necesidad, ya que la desgracia ha querido herirme a mí solo.

Tal proposición sorprendió y extrañó a los brahmanes; sobre todo les pareció extemporánea y pensaron que la más elemental delicadeza exigía que precisamente el joven no hiciese este llamamiento a la caridad de sus colegas. Negáronse a acceder;

no les preocupaba el dinero, del cual acaso no tuvieran necesidad nunca en su vida de privación y de ascetismo; les decidió a su negativa la duda que sintieron deslizarse por sus almas de que aquel joven no dijera la verdad.

— Tú eres — le dijeron — el que te has encargado de buscar el escondrijo. ¿Qué culpa tenemos nosotros de que no lo hayas hecho bien? Si nosotros no nos hemos metido en nada, ¿por qué hemos de pagar las consecuencias?

Como no se conformara el joven, hubieron de ir, según las costumbres del país, a buscar al juez del poblado más próximo. Expusieronle el caso y pidieronle que resolviera. El juez, extrañado por lo raro del asunto, no se cuidó de profundizar en la información de lo ocurrido; quiso quitarse lo más pronto posible aquella molestia, y mandó que partieran por igual entre los cuatro las trescientas monedas que habían quedado.

Los tres brahmanes viejos no se conformaron con el fallo, tan precipitadamente dictado. Deseaban vivamente informarse de la verdad de lo ocurrido, y, aunque te-

nían gran interés en volver a su choza para reanudar su vida devota, se decidieron a presentarse al gobernador de la provin-



Los cuatro brahmanes expusieron el caso al juez, y le pidieron que resolviera.

cia. Este los envió, sin oírlos siquiera, a la audiencia del rey.

El propio soberano los recibió. Escuchó pacientemente su queja, y acabó confirmando la sentencia que diera el juez del poblado. Oyéronlo con religioso silencio, y así que terminó de emitir su fallo, los brahmanes quedaron inmóviles, silenciosos, mirán-

dose unos a otros; después se oyeron algunos murmullos, y, por fin, el más anciano habló al rey con entereza:

— ¡Señor! ¡Qué Dios guarde tu vida largos años! Hemos oído tu fallo y te rogamos que nos perdones si te decimos que no lo podemos aceptar. No es justo.

El rey, al ver la valentía del brahmán en rechazar aquella sentencia, comprendió que algo raro pasaba en aquel asunto. Ansioso de resolver lo mejor y picado también por la curiosidad, deseó tener una información completa de lo sucedido. Para esto hizo llamar a su primer ministro y le ordenó:

— Es necesario que aclares el embrollo que traen estos brahmanes; y si en el término de siete días no llegas a dar con la clave de este misterio, te destituiré del cargo que ocupas, pues inequívoca prueba será tu fracaso de tu falta de perspicacia y de habilidad para el desempeño de tan delicadas funciones.

El ministro quedó aterrado. Sabía que su soberano cumplía la palabra que daba, y temió el castigo anunciado. Puso manos a la obra con toda diligencia; interrogó a los brahmanes uno tras otro; hizo la informa-

ción lo mejor que pudo. Pero, desgraciadamente, cuanto más ahondaba en el caso, más embrollado le aparecía. Llegó la noche sin que el pobre ministro hubiera avanzado un solo paso en su tarea, y se retiró a su casa, acobardado, inquieto, lleno de pena.

Tenía este ministro una hija bella y graciosa, llamada Tsanda Kommari, a la cual amaba en extremo. No tardó la hermosa joven en darse cuenta de que algo extraño ocurría a su amado padre; y sentándose a su lado, abanicándole con suavidad para refrescar su frente enardecida por la fiebre, le preguntó:

— ¡Señor y padre mío! ¿Qué pena te aflige tan hondamente?

— ¡Querida mía! — contestó el ministro —. Lo que me atormenta es un asunto que me ha encargado el rey, nuestro señor. Y si en el término de siete días no logro resolverlo, el rey me destituirá del cargo, quitándome los honores y las riquezas. Y lo peor es que no veo forma de desenredar la madeja que estos cuatro brahmanes han enmarañado.

En seguida refirió a su hija el caso planteado, con todos sus detalles.

— No temas nada, padre mío — contestó con dulzura la graciosa joven —. Yo me encargo de descubrir, mucho antes de los siete días, cuál de estos hombres ha cometido el robo. Pero has de mandar que, sin pérdida de tiempo, me construyan en un rincón aislado del jardín, un gran pabellón provisional de cañas de bambú. Yo te respondo del éxito.

El ministro vió los cielos abiertos. Dió las órdenes oportunas y en seguida estuvo levantado en el lugar más sombrío del jardín un pabellón provisional, hecho de cañas de bambú.

La hermosa y discreta Tsanda Kommari colocó a un brahmán en cada rincón del pabellón, y ella, acompañada de su erizada favorita, se sentó en medio, sobre una estera cubierta con rico tapiz.

Llegó la noche. El jardín entero se vió bañado por los pálidos rayos de la luna. Profundo silencio reinaba por doquier. Tsanda Kommari dejó oír su voz suave y dulce, diciendo:

— Hacedme el favor, oh sabios brahmanes, de hablar acerca de cualquier asunto que os ocurra, del que os sea más familiar.

Si lo preferís, decidme algo que se refiera a una de las dieciocho ramas del saber humano; si os gusta más, hablad de historia, de moral, de filosofía, estudios reservados a



Tsanda Kommari comenzó su narración con voz dulce y suave.

los hombres sabios y piadosos, a los que viven en el retiro de los monasterios. Hablad, decid: yo, ansiosa de saber, os escucho.

Los cuatro brahmanes bajaron la cabeza y quedaron callados. Ante la insistencia de la graciosa joven, el más anciano se atrevió a decir tímidamente:

— ¡Señora! Con gran pesar nuestro, no podemos acceder a tus ruegos, porque tememos que uno de nosotros haya sido el autor de un crimen. El que sea, lleva dentro de su pecho un corazón lleno de picardía y de maldad; y no sabemos, por desgracia, si realmente lo podemos acusar. Mientras dure esta incertidumbre, mientras que seamos impuros, no podemos ejercer en manera alguna las funciones sagradas de la predicación y de la enseñanza. Princesa, tú que eres versadísima en las ciencias filosóficas y morales, según nos ha enseñado la voz de la fama, eres quien puede hablarlos e instruirnos.

— ¡Infeliz de mí! — exclamó Tsanda Kommari —. A vuestro lado no soy más que una ignorante y humilde; yo no sabría deciros nada útil a vosotros, que sois mis maestros espirituales. Pero si os agrada, os puedo contar una sencilla historia.

— Con gusto la oiremos -- repuso el anciano brahmán.

Y en medio de la más religiosa atención de sus oyentes, Tsanda Kommari les contó la historia de

LA PROMESA CUMPLIDA

Hace muchos años de esto. En un monasterio del país de Tejato o Taxila se habían reunido, para estudiar, un príncipe, un joven noble, un joven plebeyo y una doncella, hija de opulento personaje, conocido en todo el país por sus riquezas.

Un día estaban escribiendo sobre hojas de palmera la lección de su maestro, y a la doncella se le cayó al suelo su punzón de plata, que fué a rodar a los pies del príncipe.

Rogóle aquélla que se dignara recogerse-lo. Y el príncipe, que hacia mucho tiempo estaba enamorado de la doncella, aprovechó la oportunidad que se le presentaba. Inclínóse hacia la joven y con gran discreción y palabras suaves le dijo sonriente:

— Te lo daré, mas con una condición. Yo te amo; prométeme que cuando hayas vuelto a casa de tus padres, después de terminada tu educación, vendrás a buscarme a la corte del rey, mi padre, y te casarás conmigo.

Dudó la doncella; vaciló en su contestación; pero como no le había sido indiferen-

te el príncipe, acabó por decirle, encendidas las mejillas por el rubor:

— Te lo prometo; iré a buscarte para casarme contigo.

Concluídos los estudios, la doncella regresó a casa de sus padres; el príncipe también retornó a su país. Poco tiempo después murió el rey, y el príncipe le sucedió en el trono. Y las atenciones y los cuidados del gobernar le hicieron perder pronto el recuerdo de su amor a la doncella y olvidar la promesa que ella le hiciera.

La doncella, en cambio, no olvidó su palabra. Pero un buen día supo que sus padres, siguiendo la costumbre del país, le habían escogido esposo. Sometióse respetuosamente a la decisión paterna; pero habló con su prometido y le pidió permiso para ausentarse unos días.

— Yo di palabra de casamiento — le dijo — a otra persona, cuando estudiábamos en el monasterio de Tejato (y le contó lo sucedido con el príncipe). Iré a verle; le contaré lo que mis padres han dispuesto y, cuando sepa que mis esponsales se han verificado, será tan generoso que me relevará de la obligación de cumplir mi palabra.

El novio pensó que una promesa es un lazo sagrado que sujeta lo mismo a los religiosos que a los seglares, y concedió a la doncella el permiso que le pedía. Se consolaba de la tristeza que la separación le produciría, pensando que la doncella volvería libre de su antiguo juramento. Ella se prosternó a sus pies, hasta tocarlos ligeramente con sus cabellos. Y luego, vestida con sus más hermosos trajes, adornada con sus joyas más ricas y acompañada por una sola criada, se puso en marcha hacia la corte del príncipe, su antiguo compañero de estudios, para explicarle su situación.



A los pocos días de su viaje se tropezó con un ladrón, salteador de caminos, que la cogió bruscamente de la mano y le preguntó:

— ¿Dónde vas así? ¿Qué negocios puede tener una mujer para andar casi sola por estos caminos? ¡Vamos! ¡De prisa! ¡Dame estos vestidos, estas joyas, todo! ¡Viva!... Pero yo estoy verdaderamente intrigado: ¿dónde diablos vas de esta manera?

— Mis vestidos y mis joyas son tuyos —

le contestó la doncella —. No podría defenderme contra ti aunque lo intentara. Respecto a los motivos de mi viaje, no tengo por qué ocultártelos. Estando en la escuela del monasterio de Tejato, di palabra de casamiento a un príncipe compañero de estudios; pero mis padres han decidido mi boda con otro, y como si yo hubiera violado mi promesa, hubiera perdido para siempre el derecho a entrar en la morada de los sabios y de los espíritus buenos, he pedido permiso a mi prometido para ir a cumplir mi palabra; ésta es la razón de andar por estos caminos, donde he tenido la desgracia de tropezarme contigo.

No pudo por menos el ladrón, al oír tales palabras, de admirar una fidelidad tan extraña. Decidido a no poner obstáculos al proyecto de la doncella, la dejó ir libremente sin tocar una sola de sus ricas joyas, sin quedarse con ninguno de sus espléndidos vestidos; solamente le puso una condición: que a la vuelta se presentara de nuevo ante él. Tan intrigado estaba por conocer el resultado de aquel raro proyecto.

Libre de las garras del ladrón, siguió su camino y, andando andando, llegó a un ár-

bol corpulento, de verde y frondosa copa, en cuyas ramas estaba sentado el Genio del Bosque, el que devora a los viandantes extraviados.

El Genio le hizo seña para que se detu-



El ladrón cogió bárbaramente por un brazo a la infeliz doncella.

viera. La pobre doncella quedóse clavada en tierra, trémula de pavor. El Genio bajó tranquilamente y le preguntó:

— ¿Dónde vas, desdichada, por estos caminos solitarios?

— Señor — contestó balbuciente la infe-

liz doncella —, la causa de haber llegado a tu presencia es...

Y le contó la misma historia que había contado al ladrón. Y lo mismo que éste, el Genio, lleno de admiración, le hizo prometer que se le presentaría a la vuelta, y la dejó seguir su camino.

Llegó, por fin, al palacio del rey. El Genio encargado de velar por la casa real abrió de par en par las puertas a la doncella, en testimonio de respeto y de admiración por su fidelidad a la promesa hecha. Momentos después comparecía a presencia del rey, que no reconoció en aquella preciosa joven, tan ricamente vestida y adornada, a su compañera de estudios en los años juveniles.

-- ¿Qué deseas? — le preguntó el rey.

-- Señor — respondió la joven, roja de rubor —, yo soy la doncella que te hizo una promesa cuando estudiábamos juntos en el monasterio de Tejato. Volví a mi casa, y mis padres han decidido casarme; y yo, con permiso de mi prometido, vengo a tu presencia, dispuesta ante todo a cumplir mi palabra y ser fiel a mi promesa, si tú no me relevas de tan duro cumplimiento.

— Ciertamente es admirable — dijo el rey a su corte —. Esta doncella da ejemplo de una fidelidad a su palabra digno de toda alabanza.

Luego mandó a sus servidores que le trajeran regalos magníficos, collares de perlas, anillos y brazaletes de gran valor. Dió todo aquello a la doncella, diciéndole:

— Te ofrezco estos presentes en homenaje a tu lealtad. Vuelve al lado de tu prometido esposo, porque yo te relevo de toda promesa. Eres libre. Te admiro y te respeto.



La doncella, radiante de alegría y cargada de riquezas, se puso en camino para volver a su país. Llegó al pie del árbol, donde encontrara al Genio del Bosque, y con voz más dulce que la del ruiseñor, preguntó:

— ¿Dónde estás, oh Genio? ¿Duermes o velas? El príncipe me ha relevado de mi promesa y me vuelvo a casa de mis padres. Te di palabra de presentarme a ti a mi regreso y aquí estoy: mi vida está en tus manos.

Oyó el Genio su voz melodiosa y bajó

desde las ramas de la copa donde dormitaba.

— Niña — le dijo, mostrando el mayor asombro —. Es muy duro, cuando se ha logrado escapar de un peligro, volver a afrontarlo otra vez voluntariamente.

— Es cierto — contestó la doncella —; pero si por temor a este peligro, o por demasiado apego a la vida hubiera yo dejado de volver a presentarme a ti, de seguro que más tarde habría caído en uno de los cuatro castigos reservados a la gente sin palabra, y hubiera estado segura de no llegar nunca a la morada de los buenos espíritus, que es mi mayor anhelo.

El Genio del Bosque, a pesar de la tentación que sentía por dar muerte a la doncella, sola e indefensa, fué seducido por la discreción de aquellas palabras. Le perdonó la vida y le regaló una magnífica copa de oro cincelado, adornada con los signos del Zodiaco, como homenaje a su fidelidad. Y deseándole muchos años de vida, le indicó por señas que continuase su camino, y él volvió a subir a las más altas ramas del árbol donde habitaba.

La doncella se fué andando andando has-

ta llegar a la cueva del ladrón, al que encontró dormido como un tronco.

— Soy yo — le dijo suavemente —; soy la doncella caminante, que he venido a cumplir mi promesa: mi vida es tuya, igual que todas las riquezas que traigo.

— ¡No he visto nada tan maravilloso! — exclamó el ladrón al oír tales palabras —. ¿Eres tú? Bien puedes decir que has sabido cumplir la promesa más difícil que en el mundo se presentó. Si yo hiciese el más pequeño mal a una persona como tú, de seguro que me sucedería alguna desgracia. Sigue, sigue tu camino sin tardar. ¡Los buenos espíritus sean contigo!

Y la dejó marchar, quedándose absorto de contemplarla hasta que desapareció en la lejanía.

Días después llegaba la doncella a la morada de sus padres y de su prometido. Todos sintieron una extremada alegría, viéndola volver sana y salva; todos se extasiaron oyéndola contar sus extrañas aventuras. En seguida se celebraron las bodas y ambos esposos vivieron desde entonces felices y contentos.

Terminada la historia, sucedió un rato de profundo silencio: todos parecían sumergidos en las más graves reflexiones. Tsanda Kommari lo quebrantó para preguntar a los cuatro brahmanes:

— ¿Cuál de los personajes mencionados en este relato os parece que obró mejor?

El más anciano de los cuatro brahmanes contestó:

— Yo doy la palma al príncipe, que obró en consonancia perfecta con las diez leyes que los gobernantes deben observar. Y le admiro tanto más cuanto más grande era su poder, y por lo mismo más difícil vencer su inclinación y renunciar a su derecho.

El segundo brahmán respondió:

— Creo que quien obró mejor fué el Genio del Bosque; espíritu de pasiones brutales e insaciables, supo dominarse y se abstuvo de saciar su apetito de sangre, cuando tan fácil le hubiera sido satisfacerlo; y todavía hizo a la doncella un delicado regalo de la copa de oro, ornada con los signos del Zodíaco.

El tercer brahmán dijo a su vez:

— A mi juicio, el mejor fué el prometido de la doncella; su corazón era como un vaso

de cristal lleno de agua límpida y transparente en la que se hubiese sumergido un rubí. Teniendo a su favor los derechos que la ley le daba, no vaciló en diferir su casamiento y en consentir a su futura esposa un viaje peligrosísimo para ambos, a fin de evitar que ella fuera perjura.

El más joven de los cuatro brahmanes habló así:

— El que me parece más digno de alabanza de todos los que intervienen en tal asunto es el ladrón. Son éstos gentes que arriesgarían hasta la vida para lograr dinero, y no suelen detenerse ante ningún escrúpulo. Solamente el hecho de que un hombre de esta clase haya dejado pasar por sus manos el oro, la plata, los collares, los brazaletes, los espléndidos vestidos, la riqueza que encima llevaba la doncella, sin tocar a nada, sin quedarse con nada, es prueba de la grandeza de su alma y de la generosidad de su corazón.

Después todos guardaron silencio y se marcharon del pabellón. La criada de la princesa, acercándose a su señora, le dijo por lo bajo:

— ¡Hija de mi señor! ¿No te parece raro

que los tres brahmanes viejos alaben, como haríamos nosotros mismos, al Genio, al príncipe, al prometido, y que el brahmán joven se deshaga en elogios del ladrón?

— No, no me extraña — replicó la princesa con dulzura—. Su respuesta está perfectamente acorde con su situación de alma; estoy convencida de que es él el que ha cogido los dineros de sus compañeros. Pero bien pronto vamos a tener la prueba concluyente. Vete a mis habitaciones, ponte mis vestidos y arréglate de forma que te parezcas a mí todo lo posible. Cuando estés disfrazada, ve al jardín y procura encontrar al brahmán joven, solo, y dile...

Y dió a la criada las instrucciones convenientes.

La criada se disfrazó rápidamente, y de tal forma, que cualquiera la hubiera confundido con su señora. Bajó al jardín, sumido en la oscuridad, acercóse con sigilo al joven brahmán y, con el tono más dulce, en frases entrecortadas, le dijo:

— Amigo, las palabras que los otros tres brahmanes han contestado son majaderías; tú, en cambio, me has dejado admirada de tu prudencia y tu saber. Oyeme: tú eres sol-

tero; yo te propongo que te cases conmigo. ¿Aceptas?

El joven aceptó apresuradamente. La supuesta princesa objetó:

— Todo está muy bien; pero ¿cómo nos arreglaremos para vivir? Tú has perdido tu dinero; yo no tengo más que mis joyas y unas pocas monedas de oro. Será preciso que nos marchemos lejos hasta que yo haga las paces con mi padre, y entonces seremos ricos. Pero hasta que llegue ese día, vamos a carecer en absoluto de medios de subsistencia.

El incauto joven contestó lleno de alegría:

— No te preocupes, amiga mía; yo no he perdido todo mi capital: he fingido que se llevaron mis monedas para obtener una parte del dinero de mis compañeros. Pero tengo bastante para satisfacer todas nuestras necesidades durante muchos meses, aunqueuviéramos que irnos por una temporada a un punto lejano del país.

Con el pretexto de preparar lo necesario para una fuga inmediata, la supuesta princesa corrió a dar a su señora noticia de aquella conversación. En seguida Tsanda

Kommari se presentó a su atribulado padre, diciéndole:

— El asunto está en vías de solución: el dinero desaparecido lo ocultaba el brahmán joven; y si yo pudiera disponer, durante unas horas, de unas cien monedas de oro, lograría recuperar la cantidad perdida.

El padre se apresuró a darle la suma que le pedía. Tsanda Kommari le entregó aquella cantidad a su fiel criada, y la instruyó de las cosas que debía decir para seguir representando su comedia. Fué, pues, al encuentro del joven, que la esperaba impaciente en el jardín, y le preguntó:

— ¿Cuánto dinero tienes? Yo sólo puedo ofrecerte una pequeña cantidad: cien monedas de oro; pero añadiendo las que tú tengas, podremos vivir felices en un apartado rincón.

El brahmán, sin vacilar, entregó a la criada el saco que contenía su dinero; momentos después la princesa lo tenía en sus manos.

— Todo marcha perfectamente — exclamó la princesa rebosando alegría —; vete a buscar a los otros tres brahmanes y pídeles su dinero, en nombre del rey.

Sin la más ligera vacilación, cada cual dió en seguida sus cien monedas de oro a la princesa.

El ministro se presentó al rey diciéndole:



El brahmán, sin vacilar, entregó a la criada el saco que contenía el dinero.

— Señor, ha sido hallado el dinero perdido. Mas he de confesarte lealmente que no he sido yo quien ha desenvuelto este enredo difícil, sino que ha sido mi hija, Tsanda Kommari.

El soberano hizo llegar a su presencia a la princesa y a los cuatro brahmanes. Tsanda Kommari le habló así:

— Hay en este asunto una astucia culpable y una gran impostura por parte de uno de los querellantes. Estos cuatro brahmanes son sabios y prudentes; pero uno de ellos no está todavía desligado de los lazos de la materia. Y el espíritu de los mortales no regenerados, sean quienes sean, sabios o ignorantes, es capaz de hacerse esclavo de la avaricia, de la cólera, de la pasión. Así lo dice aquel pasaje de nuestros libros sagrados: «Primeramente oye la oreja, y la oreja da al ojo la tentación de mirar; el apetito del mirar arrastra en seguida al del corazón, y el alma, entonces, queda pervertida, ligada únicamente a los goces de este mundo pasajero: pierde todo el equilibrio, toda la serenidad, y el hombre, descarriado ya, sin freno y sin remordimiento, comete toda clase de malas acciones, por las cuales tendrá que sufrir largas expiaciones en una serie de transformaciones futuras a través de las edades infinitas.»

Después de tal discurso, Tsanda Kommarí se prosternó ante el rey y puso a sus plantas las cuatro bolsas que contenían el dinero de los querellantes. Por orden del soberano cada brahmán fué cogiendo el suyo,

y al llegarle el turno al joven, el rey le preguntó:

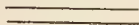
— ¿Cómo decías que tu dinero se había perdido y ahora te lo encuentras aquí?

El culpable bajó la cabeza avergonzado. La princesa habló así al Rey:

— Señor, los cuatro brahmanes van a volverse a su retiro para de nuevo emprender sus trabajos piadosos y dedicarse a la meditación. El culpable, arrepentido, ha tomado ahora el camino de la sabiduría, que ya no dejará, y puedes perdonarlo.



El rey, admirado de tanta sabiduría, hizo a la joven princesa reina de todos sus estados, pensando, con razón, que nadie mejor que ella podría juzgar los asuntos tan diversos que de todas partes del mundo venían a someterse a su decisión.





LA SOBERBIA HUMILLADA

EN uno de los barrios de Bagdad residía un joven, huérfano de padre y madre, nombrado Alí ben Hasán. Poseía por todo patrimonio una casa modesta, algunas tierras y dos bueyes.

Trabajando con gran ahinco su hacienda, lo pasaba medianamente, porque la mitad de los frutos recogidos había de entregársela al judío Ibrahim, hasta dejar cancelado un préstamo que éste le hiciera para satisfacer ciertas deudas contraídas por sus padres.

A pesar de todo esto, Alí ben Hasán vivía feliz con sus veinte años y el amor que profesaba a una hermosa joven, hija de su tío Aben Hamid, mercader de telas. Esta jo-

Redactado por Estanislao Maestre, sobre un conocido tema folklórico.

ven, llamada Zobeida, también sentía afectuosa inclinación hacia su primo el huérfano Ali; y cuando se encontraban en visita, solían cambiar entre ambos las más cariñosas palabras.

Pero Zobeida y Ali estaban bien poseídos de que no llegarían a casarse, porque el comerciante Aben Hamid pretendía para su hija un esposo cuya fortuna fuese semejante a la suya.

Un día Aben Hamid sorprendió a Zobeida conversando con Ali, y, apenas se despidieron los jóvenes, llamó a su hija y la reprendió dulcemente:

— Zobeida, no quiero que las gentes de casa te vean conversando con Ali. La honra de la mujer es tan delicada como la luna del espejo: el aliento basta para empañarla.

— Padre mío, Ali es bueno y honrado — insinuó la joven, bajos los ojos y medrosa la voz.

— No lo pongo en duda; pero su situación económica es muy inferior a la nuestra.

— Tiene hacienda...

— Empeñada en manos del judío Ibrahim.

— Con la ayuda de Dios (¡ensalzado sea!) logrará redimirla y entrar en la libre pose-

sión de sus bienes. Trabaja mucho y ha comprado un camello para llevar sus frutos al zoco.

— Cuando se vea libre de Ibrahim hablaremos — terminó Aben Hamid, enérgico y ceñudo.

Zobeida retiróse resignada, y halló medio para hacer conocer a su primo Ali, la decisión de su padre y su deseo de acatarla sin discutirla, como era su deber.

Hiciéronse mutuas protestas de fidelidad y con los corazones llenos de pesadumbre, hubieron de renunciar a verse, en espera de tiempos mejores.

Menos fuerte que Zobeida, el joven Ali echóse en brazos de su dolor y abandonó sus negocios, por lo cual no pudo satisfacer al judío Ibrahim lo que debía pagarle, y éste se quedó con los bueyes y la carreta. Con esto Ali perdió la esperanza de llamar su esposa a la gentil Zobeida.

Un día, agobiado por el dolor, cogió su camello y abandonó Bagdad, echándose en brazos del destino. Mientras caminaba por un campo poblado de palmeras, pensaba de este modo:

— No sé adónde voy ni cuál suerte me es-

pera. No pudiendo hacer mi esposa a Zobeida, la vida carece para mí de alicientes. Si Dios (¡ensalzado sea!) a cada uno da lo que se merece, yo no mereceré otra cosa que andar errante por el mundo hasta caer extenuado de hambre y de fatiga.

Siguió caminando algún tiempo, y cuando ya sentía agotarse sus fuerzas, abrazóse al camello para despedirse de él con las más tiernas frases, lágrimas y suspiros. Y en éstas estaba, cuando oyó que una voz apenas perceptible pronunciaba su nombre.

Miró por todas partes, y como no viese a nadie, pensó que aquellas voces serían un producto de su imaginación calenturienta. Tornó a abrazarse con el camello y a sus amargas lamentaciones... Pronto pudo oír nuevamente las débiles llamadas. Reconocido el terreno con mayor detención, hallóse con un enanito apenas perceptible, que tenía una barba tan luenga que casi le arrastraba. Encarado con él, mirábale fijamente.

—¿Acaso eres tú quien me llama? — preguntóle Ali, extraordinariamente admirado de ver un individuo tan pequeño.

— Sí; yo soy.



Alí ben Hasán vió a un enanito apenas perceptible y con una barba tan luenga que casi le arrastraba.

—¿Y quién eres tú, que apenas si levantas del suelo lo que mide mi dedo meñique?

—Yo soy Abisard, el genio que protege a los desvalidos.

—¡Valiente Genio serás tú con esa estatura! ¡Déjate de bromas! Dios (¡ensalzado sea!) gobierna mi destino; y mi destino es morir abrazado a mi fiel compañero.

Y tornó a suspirar y a verter abundantes lágrimas.

El enanillo trepó rápidamente por las ropas de Ali, y, sin que éste pudiera impedirlo, encaramóse en su hombro derecho, para decirle al oído:

—Puesto que crees en Dios y le reverencias, no debes desconfiar de que tengan remedio tus pesadumbres. Dime lo que desees y yo te prometo que no has de tardar en conseguirlo.

Incrédulo Ali, contempló unos instantes a su microscópico protector; y hasta tentado estuvo de quitársele de encima con un despectivo capirotazo. Pero, al fin, lo pensó mejor, y considerando que nada perdía con seguir aquella broma, aunque a él le resultaba pesada, con acento irónico dijo al geniecillo:

— Poderoso señor, puesto que deseas ser protector mío, ponme en posesión de los bueyes que dí al judío Ibrahim y dame algún dinero para que pueda pagarle lo que le debo aún y quedarme tranquilo en mi hacienda.

— ¿No descas más? — preguntó el geniecillo con voz grave y serena —. ¡No me pareces muy ambicioso!

Siguiendo la que él creía broma, agregó Alí:

— Puesto que te muestras tan magnánimo, concédeme también que el mercader Aben Hamid me otorgue por esposa a su hija Zobeida, a la cual quiero más que a mi vida.

— No es demasiado — asintió el geniecillo —. Llena el pañuelo de la arena que pisas; regresa a Bagdad; duerme cuanto quieras hasta descansar de las fatigas del viaje, y cuando despiertes, saca de debajo del cojín, donde los habrás guardado, el pañuelo y la arena, y darás gracias a Dios.

— Oigo y obedezco — dijo Alí —; pero también quisiera dártelas a ti, de quien recibiré valiosas mercedes... si me hablas en serio. ¿Cómo podré hacerlo?

— En este mismo sitio me hallarás cuando hayas menester mis servicios — terminó Abisard. Y de un salto plantóse en el suelo y desapareció de la vista de Ali.

Cuando éste regresó a Bagdad, tan fatigado se hallaba, que ni fuerzas tuvo para desnudarse. Durmió cuarenta horas seguidas sin cambiar de postura, y al fin notó molestias por todas partes. Abrió los ojos y encontróse con que estaba echado sobre un montón de brillantísimas monedas de oro. ¿Cuántas habría? No pudo ni presumirlo: tan grande era la cantidad.

Considerándose feliz, dió las gracias a Dios, cogió un buen puñado de monedas, y montado en el fiel camello, dirigióse a casa del judío Ibrahim. Así como estuvo en su presencia, le pidió la liquidación de su deuda con todos sus intereses, que el judío aumentó en ciento por uno; pagóle, recogió el recibo y partióse hacia el zoco, donde compró un magnífico vestido y algunas otras prendas de bastante valor, las cuales abonó sin regatear.

Corrióse la voz por el zoco. Todos los mercaderes se hacían lenguas de la esplendidez de Ali, y Aben Hamid hubo de refe-

rir el suceso a Zobeida, con notoria satisfacción.

— Dios (¡alabado sea!) habrá premiado su laboriosidad — contestó la joven, resplandeciente de júbilo y abrazando a su padre.

El día siguiente, Aben Hamid hizo por encontrar en el zoco a su sobrino Alí, y de sus propios labios supo el próspero suceso del infatuado pariente; lo cual le movió a cambiar de opinión.

Trató cariñosamente a su sobrino, le ofreció su casa y su amistad y le insinuó su deseo de celebrar los esponsales de Zobeida con Alí.

Pasaron unos días, y Alí siguió comprando ricos trajes, muebles carísimos y alhajas preciosas para decorar el magnífico palacio que había adquirido. Las gentes preguntábase de adónde le habría venido tanto dinero; mas como nadie acudiese a denunciarle por ladrón, y las monedas fuesen de ley, las cosas continuaron así y todos vivían en paz y en gracia de Dios.

Alí había vendido las tierras, los bueyes y el camello. Teniendo tanto oro y la posibilidad de adquirir más de Abisard cuando le fuese necesario, ¿para qué trabajar? Se

entregó a la molicie y a los placeres y llegó a juzgarse un sultán.

Y como si lo fuera, se paseaba por Bag-



Se acercó a saludar à la hermosa Zobeida...

dad, montado en una magnífica mula blanca, con guarniciones bordadas de oro, plata y piedras preciosas. Le acompañaba un lucido cortejo de cien esclavos.

Alí miraba altanero a cuantas personas encontraba a su paso, y no había vuelto a dirigir la palabra a Zobeida ni a su padre.

Notando éste la pesadumbre de su hija ante el desvío del infatuado Alí, quiso po-

nerla término, explorando los pensamientos de aquél, por medio de un vecino; quien, al insinuarle diplomáticamente la cuestión, obtuvo esta respuesta despectiva:

— ¡Zobeida y Aben Hamid no me llegan a la suela de mi chinela!

Cuando Zobeida conoció las despectivas frases de Alí, lloró amargamente, considerándose muy desgraciada.

Cerca de un año vivió Alí ben Hasán rodeado de lujo y esplendor y diciendo a las gentes que se casaría con una princesa en cuanto encontrase una de su gusto.

Un día, su tesorero le avisó que en la caja no quedaba dinero ni para pagar las atenciones más urgentes. Alí le tranquilizó:

— Dentro de una semana te traeré tanto oro que no lo podrías contar en mil años.

El día siguiente, acompañado de un brillante cortejo, Alí encaminóse en busca de Abisard, y hablóle en estos términos:

— Querido Genio: mis muchas ocupaciones me han impedido venir a darte las gracias por las mercedes que me otorgaste. Hoy deseo pedirte un nuevo favor.

Inclinóse el enanillo hasta barrer el suelo con la barba, y dijo humildemente:

— Manda, señor, y serás obedecido.

— Quiero — dijo Alí con marcada soberbia — que me des un tesoro tan grande, que el matemático más hábil no lo pueda contar en mil años, y me proporciones para esposa la princesa más bella del mundo.

— Regresa a Bagdad y hallarás tu merecido — díjole el enanillo, y desapareció.

Soberbio en su mula, regresó Alí a Bagdad; mas apenas llegado a su palacio, hallóle convertido en su primitiva y humilde casucha, y, sin saber cómo, vióse metido dentro y desaparecidos la mula, los caballos y la servidumbre. Cerca de él, le contemplaba el camello con miradas piadosas.

Los vecinos comentaron el suceso cada cual a su modo, y uno terminó:

— Así castiga Dios (¡ensalzado sea!) a quienes en lugar de aprovecharse de los bienes que les da, los derrochan en la molicie y en los placeres.

LA PALABRA ES PALABRA

HABÍA en Bagdad una especie de juglar que divertía a la gente con toda clase de cuentos y paparruchas. Le llamaban Aben el Magazilí. Tenía tan agudo ingenio, que nadie le podía ver ni oír sin sentirse atacado por la risa. Un día, gobernando el califa Almotadid, se encontraba el juglar delante de la Puerta de Jasa, recitando sus truhanerías; entre la gente que le oía, formando círculo a su alrededor, hallábase un negro, criado del sultán; el cuento que refería Aben el Magazilí precisamente era de negros; el servidor de palacio lo halló muy de su gusto, y se marchó encantado de las narraciones y del ingenio del bufón.

Momentos después, volvió el negro, acer-

Inserto por Masudi, en sus *Praderas de oro*, VIII, pág. 161.

cóse al truhán, cogióle afectuosamente de la mano y le dijo:

— Apenas he salido del círculo de tus oyentes, me he dirigido a palacio; estando en presencia del Príncipe de los creyentes, me he acordado de tu cuento y de las cosas que decías y me he echado a reír. El soberano se ha dado cuenta de mi risa, y como no veía motivo para ella, me ha preguntado la causa. Yo le he dicho: « — Señor, hay a la puerta cierto Aben el Magazili que narra cuentos de risa: aventuras de árabes, de chinos, de turcos, de infieles, de negros...; lo cuenta todo con tal gracia y con tantos chistes, que harían reír a una viuda y divertirían al más grave personaje, lo mismo que si fuera un niño.» El soberano me manda que te lleve a su presencia; pero yo reclamo de ti la mitad del premio que te dé.

Presintiendo una espléndida retribución, el juglar ofreció al negro:

— Señor, soy un pobre hombre cargado de familia; Dios me ha dado la fortuna de encontrarte. ¿No te podrías contentar con una parte de la suma, un sexto, por ejemplo..., un cuarto?

El negro se mantuvo tercamente en pre-

tender la mitad. Como el juglar imaginaba que le darían sumas fabulosas, acabó por aceptar el trato.

El criado llevó al juglar a la presencia del califa. Aben el Magazilí saludó al soberano y se quedó en pie en el sitio que le designaron. El sultán, que estaba leyendo un libro, devolvió el saludo al juglar, y continuó un buen rato sin suspender la lectura. Por fin cerró el libro y, volviendo los ojos al juglar, le preguntó:

— ¿Eres tú Aben el Magazilí?

— Sí, Príncipe de los creyentes — respondió aquél —. La necesidad hace al hombre ingenioso. Atraigo a la gente con mis cuentos, me gano su favor con mis historias, acudo luego a su generosidad y así voy viviendo.

— Veamos tus historias — ordenó el sultán —; danos una muestra de tu talento. Si me haces reír, te gratificaré con quinientos dirhemes (monedas de plata); si no me haces gracia, ¿qué puedo exigir de ti?

— ¡Malditas sean la holgazanería y la vagancia! — contestó el juglar —. No puedo ofrecer más que mi cuerpo; podrás darme lo que quieras y con lo que te plazca.

— Me parece muy razonable tu proposición — observó el soberano —. Por tanto, si yo me río, tú cobrarás la recompensa que te he dicho; si no me río, te golpearé en la nuca diez veces con ese saco que hay ahí.

El bufón pensó: «¡Es un buen rey quien emplea para castigar un instrumento tan ligero!... Se puede sobrellevar.» Y, volviendo los ojos, vió en un rincón de la cámara un saco de cuero flexible y suave. «¡No me he engañado, no! ¿Qué daño puede hacer un saco vacío? Si hago reír al sultán, todo el provecho es para mí; si no lo consigo, me darán diez golpes con un saco que no contiene nada; el castigo es suave.»

Y empezó a recitar sus cuentos e historietas; se esforzó cuanto pudo en ser ameno, en hablar bien. Todas las aventuras que sabía de árabes, de gramáticos, de calaveradas, de griegos, de chinos, de turcos, de negros, todas las truhanerías, bribonadas y chistes fueron pasando por su memoria y por su lengua. Llegó a agotar su repertorio; su cabeza se le iba. Y el califa, cada vez más serio, le decía:

— Anda, cuéntanos lo que sepas.

El soberano se había irritado y el infeliz

juglar no había podido conseguir ni aun que sonriera. Mientras tanto, los esclavos que contemplaban la escena estaban locos de risa. El bufón hubo de capitular, y exclamó:

— ¡Oh, príncipe de los creyentes! Yo he vaciado mi saco; mis provisiones se han terminado; mi cabeza está pesada. No he visto persona tan seria como tú. Sólo me queda una broma.

— Veámosla — dijo el soberano cada vez más serio.

— Señor, tú me has prometido diez pescozones a modo de recompensa: te ruego que doubles la suma y añadas diez pescozones más.

El califa sintió gran desco de reír, pero logró contenerse. Mandó a un criado que sujetara las manos al bufón: éste alargó el cuello. Al primer golpe con el saco le pareció que se le había venido encima un castillo: el saco estaba lleno de guijarros redondos, pesados como el plomo.

El pobre juglar recibió sus diez golpes: quedó con el cuello dislocado, con la espina dorsal deshecha; sus orejas arrojaban sangre, sus ojos centelleaban.

Cuando hubieron contado los diez golpes;
el juglar suplicó:

— ¡Señor, un momento!

El sultán mandó suspender la operación



El infeliz juglar recibió los diez golpes...

por unos momentos, aunque estaba decidido a doblar la suma, según se lo había pedido el juglar.

- ¿Qué te ocurre? — le preguntó.

— Señor — contestó —, para un musulmán nada es mejor que la lealtad, nada es más odioso que el engaño. Pues bien, yo he prometido al negro que me ha traído aquí

la mitad del salario, pequeño o grande, que yo recibiera. El califa (¡Dios alargue sus días!) ha querido generosamente doblar la cifra. Yo he recibido ya mi mitad; el esclavo negro debe recibir la suya.

Al oír tales palabras, el sultán se tumbó de risa; los primeros cuentos del bufón habían excitado su hilaridad, pero había logrado contenerse y escucharlos con sangre fría; pero ahora se golpeaba las piernas y tenía que sujetarse el vientre para no reventar. Pasado el ataque, y así que hubo recobrado el aliento, llamó a un criado; presentóse el esclavo negro en cuestión. Aquel hombre larguirucho y flaco fué llevado a presencia del soberano, que ordenó darle los golpes con el saco.

— ¡Príncipe de los creyentes! — gritaba el negro —. ¿Qué he hecho yo? ¿Qué falta he cometido?

Y el juglar le decía:

— Esta es mi recompensa, y tú eres mi socio; yo he recibido ya la mitad que me corresponde; tú debes recibir la tuya.

Y mientras que los golpes caían como el granizo sobre el fláccido cuello del negro, el juglar repetía:

— Yo soy un pobre cargado de familia; me he quejado a ti de mis necesidades, de mi falta de recursos. Te he pedido que no me reclamaras la mitad, sino que te contentaras con la sexta parte, con la cuarta. ¡Ah! Si yo hubiese sabido que la recompensa del príncipe de los creyentes (¡Dios le conceda muchos años de vida!) consistía en talegazos, te la hubiera cedido por completo.

Estos reproches aumentaron la risa del sultán. Acabado el castigo, sacó el soberano una bolsa preparada de antemano, que contenía quinientos dirhemes.

— ¡Escucha! — dijo al bufón —. Yo te destinaba esta suma, pero tu tontería te ha llevado a asociarte con uno a quien yo no habría dado nada.

— ¡Señor! — replicó el juglar —. ¿Y la lealtad y lo odioso del engaño? Yo hubiera preferido que le hubieses dado todo, y diez talegazos más; pero *la palabra es palabra*.

El sultán partió la suma entre los dos.

EL MEJOR SUEÑO

JUNTÁRONSE una vez en el mismo camino tres hombres: uno musulmán, otro cristiano y judío el tercero. Al rato de caminar juntos, se encontraron un dirhem (moneda de plata). Dudaron lo que harían con aquel dinero. Uno propuso:

— Partámoslo.

— ¿Cómo lo partimos? — replicó otro.

Y el judío entonces insinuó:

— Yo me atrevería a proponeros...

— ¿Qué? — preguntaron con curiosidad sus compañeros de viaje.

— Comprar con esta moneda harina, manteca y miel; hacer una torta y luego nos comeremos cada uno su parte.

Nozhat el odaba, fol. 123. Este cuento se reproduce en la *Disciplina Clericalis* de Pedro Alfonso y tiene un gran desarrollo en la literatura medieval.

Aceptaron todos tal proposición; compraron la harina, la manteca, la miel, y con todo hicieron la torta. Pero cuando se disponían a partirla y comérsela, el judío volvió a decir:

— Quisiera de nuevo proponeros...

— ¿Qué nos quieres proponer? — preguntaron los otros dos.

— Nos acostaremos dejando la torta para la mañana. Cada cual contará lo que haya soñado; el que más hermoso sueño tenga, se comerá él solo la torta.

Asintieron y se fueron a dormir. En cuanto el judío comprendió que sus compañeros de viaje dormían, se levantó con gran cuidado, comióse la torta entera y se volvió a acostar tranquilamente.

Cuando se hubieron levantado, el judío les dijo:

— Vamos, contad vuestro sueño.

El musulmán principió diciendo:

— Mientras dormía he visto a nuestro santo profeta Mahoma. Se me ha acercado, y cariñosamente me ha cogido de la mano y me ha llevado al Paraíso. Allí he visto... (Y se puso a describir las maravillas del cielo.)

— ¡Magnífico sueño! — exclamaron sus compañeros de viaje.

El cristiano contó a su vez:

— Durante mi sueño, he visto que Jesús



El judío se comió la torta entera y luego se acostó.

nuestro Señor ha venido a mí, me ha llamado y me ha llevado consigo al infierno. Allí he visto horrores... (Y describió minuciosamente los tormentos de los condenados.)

El judío dijo a su vez:

— Cuando yo dormía tranquilamente, ha venido Moisés, el profeta, y, dándome un

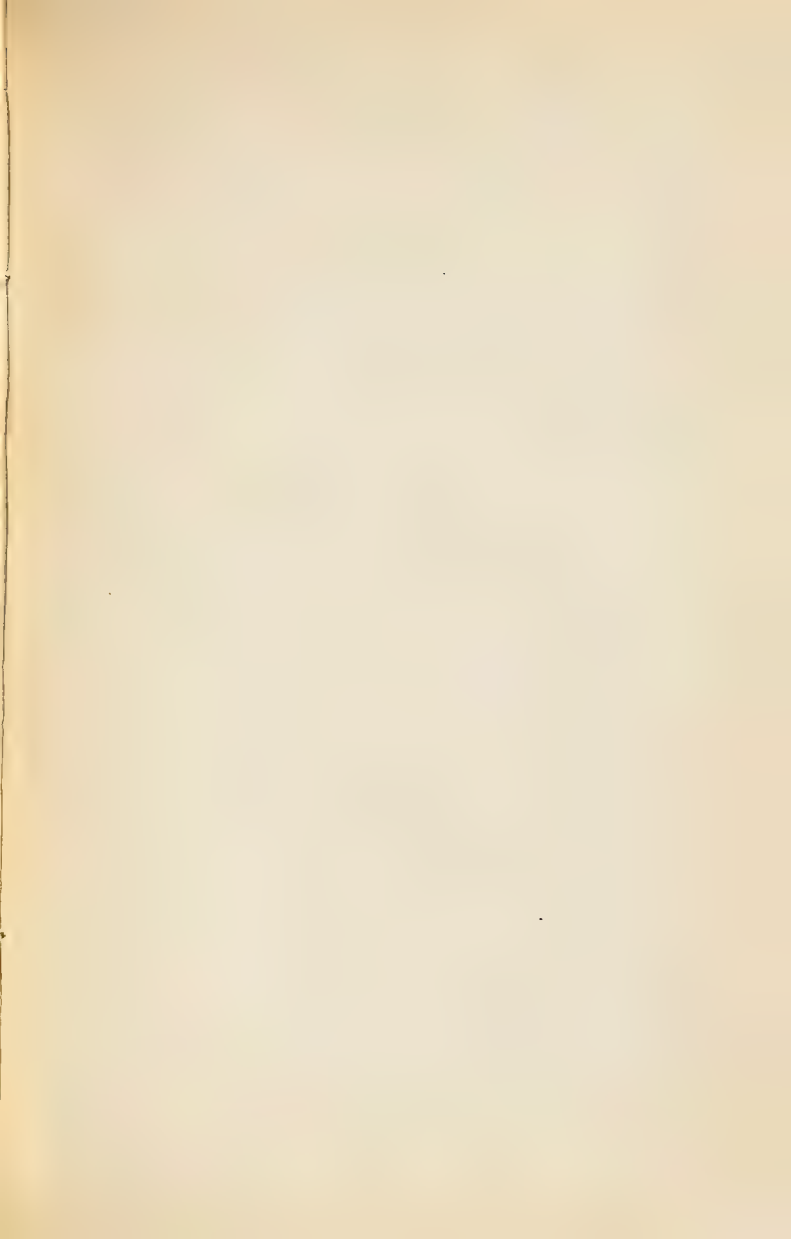
golpecito con la mano, me ha despertado y me ha dicho: «Tu compañero el musulmán ha subido al paraíso; tu compañero el cristiano ha bajado al infierno. Ya no los volverás a ver más; anda y cómete la torta.» Y yo, cumpliendo sus órdenes, me la he comido.

Disputaron un buen rato y, al fin, se separaron para proseguir su viaje.

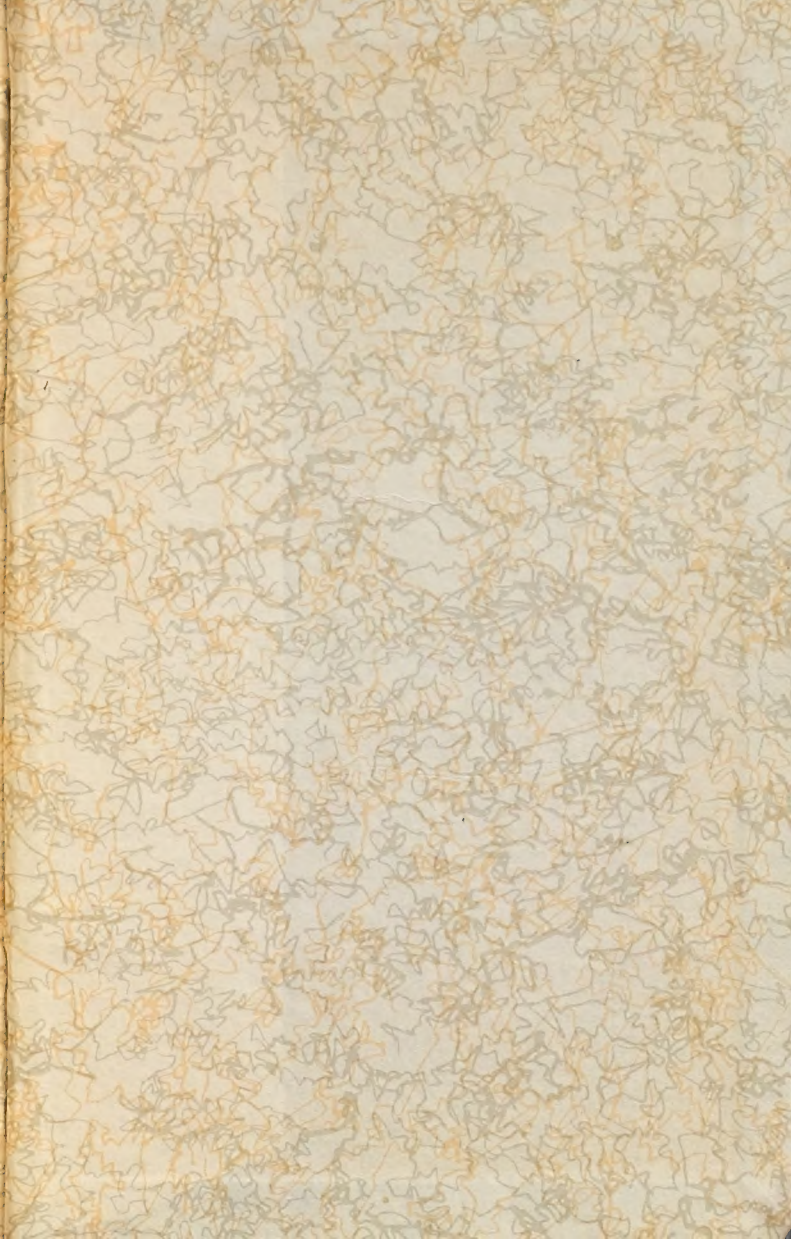


ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
EL PRÍNCIPE QUE TODO LO DIÓ.	7
LAS TRAVESURAS DE SOHAIM-EL-LIL.....	53
EL SECRETO DEL BRAHMÁN.....	73
LA SOBERBIA HUMILLADA.....	101
LA PALABRA ES PALABRA.....	113
EL MEJOR SUEÑO.....	121







PJ 487.85

Biblioteca de

Can



3 0081 002 467 649